
ESPACIO
El mundo FUTURO
egofobia
peter kapra

PETER KAPRA

EGOFOBIA

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 35.518 – 1966

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

I

En el despacho del doctor Pooh Karven sólo había una mesa de trabajo, materialmente invadida de papeles y fórmulas, y un «ojo estelar», especie de modernísimo telescopio, capaz de profundizar en los abismos cósmicos, llegar hasta los más remotos mundos, e incluso penetrar en las entrañas de la mente.

Esto no era insólito en el siglo XXV.

Pooh Karven tenía, además, un hijo que era un bala perdida.

En el siglo de la arquitectura discocéntrica y helicogeométrica, de la medicina sicomagnética y autosomática, y de cosmonavegación hiperlumínica y ultragravital, ser un «perdido» significa lo mismo que en la época bíblica, en el medievo o en la era atómica.

Y Thokk Karven era un joven perdido. Prometía serlo mucho más…

Aquel día su padre estaba enfrascado en estudios cosmométricos de gran importancia, cuando, por arte de una técnica casi esotérica, capaz de transformar el acero más duro y tenaz en algo blando y dúctil, como una cortina de gas o de agua, apareció el joven.

Un hijo puede, pudo y podrá llegar hasta su padre sin necesidad de hacerse anunciar. Y Thokk era un fresco, además de un perdido. No fue sólo a ver a su padre. Le seguía una maravillosa muchacha de ojos almendrados, boca diminuta y cuerpo moldeado, que lucía una transparente camisola, vergonzosa y breve.

El doctor Pooh Karven se sorprendió al ver aparecer a su hijo, al que no veía desde hacía algún tiempo. Pero más se sorprendió al ver a su acompañante. Se le abrió la boca, entornó los ojos y luego, aturdido, quiso mantenerlos cerrados. Su hijo, de una palmada en el hombro, se los hizo abrir de nuevo.

Y la descarada continuaba allí, ante su mesa, sonriendo de ese modo ambiguo y raro que sólo sabe hacer la incultura ante la ciencia. Era una chica afeitada de pies a cabeza, algo graciosa y cohibida.

—¡Hola, padrazo! —exclamó Thokk, empujando los papeles de su progenitor, para sentarse al borde de la mesa—. Ésta es Kheta Asklepia. ¿Te gusta?... Mi vigésimo tercera mujer.

—¡Por Met, Thokk! —no pudo por menos que exclamar el sabio—. ¿Te has vuelto a casar?

—¡Ah, pero esta vez es la definitiva; te lo prometo! ¿Verdad, cariño, que te quiero más que a nadie en la vida?

Kheta Asklepia sonrió estúpidamente. Su negra dentadura era un poema de veleidades humanas. Desde hacía exactamente seis días, los magos de la moda habían impuesto la brea para pintarse los dientes. Y ella seguía a pies juntillas todos los cambios de hábito o atuendo.

—Sí, terroncito de azúcar.

El doctor Pooh se estremeció como acometido por los síntomas de fiebre

«astral», una enfermedad sideral que llevaba a la muerte a sus atacados, irremisiblemente, en menos de veinticuatro horas.

—Thokk, ¡por el amor de...!

—Oye, papá, necesito veinte mil «úreos».

Los ojos del científico giraron desacompasadamente en sus órbitas, bizqueando unilateralmente, como afectos de locura óptica, si esto fuera posible, para terminar cerrándose los párpados a la vez que escapaba un ronco suspiro de su garganta.

¡Veinte mil «úreos» eran una cantidad exorbitante, tanto como el sueldo de un «Magister» —Juez superior de Dominio — durante diez años de su ejercicio!

El doctor Pooh Karven no había ganado jamás una cifra así. El Senado Técnico le daba ochenta «úreos» al año por sus aportaciones científicas, y esto le permitía vivir desahogadamente y ahorrar la mitad de su paga.

—¿Estás loco, Thokk?

—No, papá. ¿Acaso no tienes esa cifra?

—¡Ni soñando!

—Vamos, vamos, no seas modesto, papá. Bien sé que no tienes tanto dinero, pero sé que puedes conseguirlo.

—¿Yo? ¿Conseguir veinte mil...?

—Sí. Escucha. Conozco a un hombre en Noaraby que te daría mucho más por tu «ojo estelar».

El doctor Pooh Karven se levantó. Primero miró a su vigésimo tercera nuera, como pretendiendo encontrar en ella la causa de la locura de su hijo; luego, severo, miró a éste.

—Basta, Thokk... ¡Basta, por los sagrados lemas de Ikran! ¿Pretendes, acaso, que venda mi...?

—No, exactamente, papá. Se trata de que construyas uno igual. Mi amigo de Noaraby pagará los gastos y te dará cien mil «úreos». ¿Qué te parece? ¿No es un fabuloso negocio?

—¡Vete! ¡Sal de aquí ahora mismo! ¡Desaparece de mi vista, junto con este horrible engendro, vergonzoso y vituperable, y no vuelvas a venir nunca más en tu vida!... ¡Vete, hijo infame!

—¡Eh, papá, cálmate!... Anda, siéntate; estás pálido y jadeante. No he dicho ningún disparate. ¿Qué estás haciendo aquí, encerrado siempre, consumiéndote el cerebro en cálculos que a nadie interesan? ¡Ahí, en esa máquina de tu invención, tienes una fortuna! ¿Por qué vivir en la mediocridad, habiendo ciudades de recreo, mundos maravillosos que visitar y recorrer, mujeres como Kheta...?

—Calla, calla, insensato; no sigas hablando ¿Esto es una mujer? ¡Esto es un bulbo, infecundo y monstruoso; es una...!

—¡Cállese usted, viejo renacuajo! —exclamó la mujer, con una voz altisonante y chillona, capaz de herir el tímpano más firme —. ¿Qué derecho tiene usted a insultarme? Vámonos, Thokk. ¡Sacúdete este patronazgo inútil e

insensato! Se ve a las claras la clase de gaznápiro que es.

—¿Ves, papá; lo estás viendo?... ¡Ya la has enojado! ¡No, espera, mi dulce y cariñosa Kheta; no te vayas!

—¡Quédate con él, pordiosero! —rugió la despechada —. No permito insultos de viejos embaucadores como éste... ¡Estoy muy por encima de torpes y míseros bobalicones sin talento ni dinero! ¡Yo puedo tener a mis pies a varios «Magisters» y Senadores, si se me antoja!

»Soy la hembra más hermosa y codiciada de Veilak... ¡Y debí estar alelada al aceptar a un ridículo charlatán como esposo! ¡Pero ya he visto claro, ya comprendo, ahora sé!... ¡Vete con tu absurdo seguidor de Ikran! ¡Valiente tomadura de pelo!

Thokk Karven quedó anonadado ante aquel aluvión de reproches. Y cuando quiso reaccionar, su flamante «esposa» ya había desaparecido del despacho, dejando a los dos hombres sumidos en un baño de tensión.

Padre e hijo se miraron.

—¿Ves lo que has hecho, papá? —pareció reconvenir Thokk.

—Esta situación la has creado tú —Pooh Karven se levantó y paseó por el despacho.

Vestía un ropaje holgado, claro, antitérmico, sujeto a la cintura por un ancho cinto metálico, en cuyo centro estaba el emblema amarillo de su dignidad de hombre de ciencia. Los faldones le caían en pliegues sobre las piernas ocultas. Sólo se le veían los pies, cubiertos con zapatos elásticos y blancos.

En cambio, Thokk lucía blusa metálica, sin cinto, pantalón ajustado, azul cristal, y botas flexibles. Llevaba la cabeza afeitada cuidadosamente, a la moda y los dientes pintados de negro.

Padre e hijo, eran como el zénit y el ocaso, o como la luz y la oscuridad. Sesenta años de vida y trabajo, frente a treinta de insensatez y ocio. La virtud y el vicio.

—Me alegro de que hayas venido, Thokk. Ignoraba dónde estabas. Incluso pregunté en la Cámara del Dominio, para que me dieran tu paradero.

—¿Te dirían que estaba en Noaraby, en la mansión de Uhto Somoz, no es así?

—No me dijeron nada, Thokk. Me miraron con tristeza, como se mira a los que sufren. En la expresión del funcionario parecía haber un reproche... Todo el mundo me mira así. Todos te conocen demasiado.

—¡Bah, papá! No debes hacer caso de envidiosos mediocres. ¡Qué disgusto le has dado a Kheta! No sé cómo lo arreglaré. Perdona, papá. Tengo que reconciliarme con ella ahora mismo. Luego, vendré a verte... ¿Y qué le digo yo ahora a Uhto Somoz? ¡Por las constelaciones, qué estúpido he sido!... ¿Y cómo le pago los cinco mil «úreos» que me anticipó?

* * *

Era un hombre con el que no se podía jugar. Más que un hombre, por su

abultada cabeza, parecía un monstruo.

De Uhto Somoz se decía que, años atrás, un científico ensayó con él, pretendiendo desarrollar su capacidad síquica, inyectándole neuronas de «somerio». La cabeza se le desarrolló, pero él quedó tan imbécil como antes.

Esto era un decir, naturalmente, puesto que Somoz no tenía nada de imbécil. Por ejemplo, en el Dominio de Noaraby, el «Magister» estaba puesto por él, la Cámara de Dominio le obedecía en pleno y no existía agente político que no le hiciese una reverencia al verle.

Uhto Somoz era inmensamente rico. Y su ambición no tenía límites. Mas era un sujeto deforme: megacéfalo, ventrudo, patizambo y giboso. Quizá, todos estos defectos se debían al dinero que poseía; mas la verdad escueta y sin rodeos era que el dinero se lo debía a sus defectos.

El Senado Técnico le había indemnizado por el fracaso del experimento de su cabeza enorme. Con la riqueza llegó la voracidad y la obesidad; y con su desmesurado peso se le torcieron las piernas.

Todo lo demás era adquirido, no congénito.

Incluso Eda Likwa era adquirida. No la compró, porque una mujer no podía comprarse. Pero abrió su bolsa y fue generoso en extremo, con lo que ella creyó abiertas las fuentes de Liboro, el mundo de los zafiros amarillos.

Eda Likwa, más que una amante esposa, era una confidente infiel, enamorada del universalmente admirado Thokk Karven, un ídolo tan inseguro como efímero, y más inconstante que una nube joviana en plena época cambiante.

—He conocido personalmente a Thokk Karven, esposo mío —había dicho la infiel al deforme, una noche, en el «piélago» nupcial

Uhto Somoz, casado recientemente con Eda Likwa, caprichoso, tonto y presuntuoso, había oído hablar e incluso había visto el «héroe» en más de una información escandalosa.

—¿Y es cómo dicen?

—Mucho más, Uhto. ¿Por qué no le invitas al palacio nuevo?

—Porque el palacio no está terminado, querida.

—Pero tú puedes hacer que se termine mañana mismo.

—¿Mañana? ¡Imposible! Trabajan mil hombres.

—Pues emplea diez mil o cien mil. ¿Acaso no hay hombres o no tienes dinero para pagarlos?

—¿Dinero, yo? Querida, soy el hombre más rico de Noaraby —contestó Uhto Somoz, ufano.

—Los hombres ricos, además de serlo, deben demostrarlo... Y si el día de mañana, las generaciones venideras, al contemplar tu obra, dicen: «El Palacio Somoz se construyó en noventa y seis días»...

La vanidad del opulento se sintió halagada. Sonriendo neciamente, dijo:

—Podía conseguir que el día de mañana tuviese quinientas horas... ¡Je, je, je! ¡Qué ingenioso soy! Pero me gusta la idea. Se lo diré a los arquitectos... Cincuenta o cien mil hombres, y mañana el Palacio de Somoz estará listo! ¿Y

qué más?

—Y mañana noche, en la fiesta, estará Thokk Karven. Podríamos hacer venir a sus veintidós esposas. ¿Verdad que sería interesante?

—¡Hum! ¿Crees que vale la pena, Eda?

—Thokk Karven es un hombre sumamente fascinante. Te interesa conocerle. Quizá te revele su secreto, porque, sin duda, ha de tener alguno.

El megacéfalo sonrió, halagado.

—Un hombre joven, apuesto, elegante y solicitado... ¿De qué vive? ¿Quién es, después de todo?

—Nadie. He aquí su talento. Claro que su padre es el célebre astrónomo y matemático Pooh Karven.

—¿Célebre? ¡Jamás he oído hablar de él!

Ni su esposa Eda Likwa tampoco. Se decía, se hablaba... ¡Pero de Thokk Karven se hablaba mucho más, aunque de otra manera!

—Acabarás el Palacio, daremos la fiesta e invitaremos a Thokk —terminó Eda, secamente.

Y todo resultó tal y como ella dijo.

Fue una gran fiesta mundana. En total, Uhto se vino a gastar la friolera de seis millones de «úreos». Pero los altos dignatarios que acudieron a probar sus licores y manjares y a admirar el buen gusto de su palacio, le dieron un tono y categoría que hombre tan deforme como él jamás soñó con poseer.

Y conoció al ídolo de papel, Thokk Karven. Esto fue más negocio para Thokk que para Uhto

Somoz, y bien pronto quedó demostrado, gracias a la versatilidad de la inconstante Eda Likwa, la cual casi se arrodilló a los pies del favorito de las mujeres, pidiéndole primero una sonrisa, luego un beso...

Eda Likwa, salvando época y distancia, pagó más que Isabel de Castilla a Colón, por favor mucho más baladí, y no devolvió él a cambio un imperio, ni nada infinitamente más insignificante.

Thokk aceptó, displicente, obsequios y favores y, como le gustó Kheta Asklepia, amiga de Eda, se casó con ella. Pero la despechada, fiera y felina, amenazó con matar a la pareja. E incluso llegó a pagar una fuerte suma a dos homicidas profesionales, para que de Thokk y su vigésimo tercera esposa no quedase ni vestigio ni recuerdo.

¡Vano e inútil intento! Satisfecho de haber salido tan bien librado de la aventura, Uhto Somoz contrapagó a los mismos homicidas profesionales, para no cumplir el «encargo» de su esposa. Pero, a fin de verse libre para siempre de huésped tan poco grato como Thokk, le exigió la devolución del dinero que le había prestado.

Un error tremendo, porque Uhto Somoz debió darse por satisfecho con perder parte del ajuar dé Eda Likwa y levantar un muro infranqueable entre su mundo y el de Thokk.

No fue así y la mujer despechada supo hacer las cosas bien, sometiendo a su deforme esposo a una descarga eléctrica de doce mil voltios y dejándole

convertido en irreconocible carbón.

Luego, hábilmente, diseminó pruebas contra Thokk por todas partes.

Y por si no fuese bastante, hizo una declaración ante el «Magister» que eclipsaría por completo la brillante aureola del polígamo aventurero.

La orden de detención llegó a Veilak cuando Thokk Karven se encontraba hablando con su padre.

* * *

—Uhto Somoz es un hombre inmensamente rico. Me ha confesado que había trabajado en una mina de uranio, hace años. Sufrió un accidente y fue indemnizado. Luego, víctima de una experiencia, se le indemnizó de nuevo con mucha más largueza. Y él, sin gastar aquel dinero, viviendo míseramente, lo invirtió con acierto en distintos negocios.

»No hay en Noaraby un hombre con más poder que él, incluyendo al «Magister», cuya campaña electoral fue financiada por Uhto Somoz. La Cámara de Dominio está dirigida por Uhto Somoz, y el Senado Técnico, el Económico, el Laboral y hasta el Agropecuario.

»¡Es él, padre, quien quiere comprarte el «ojo estelar» por el dinero que pidas!

Lívido de rabia, el doctor Pooh Karven se detuvo. Fue a decir algo, pero un apagado zumbido le interrumpió. Nervioso, fue a su mesa y pulsó un conmutador, preguntando con voz descompuesta:

—¿Qué ocurre, Mira?

—Dos agentes del «Magister» quieren verle —se oyó decir una voz femenina y agradable.

—¿Dos agentes del «Magister»? ¿Qué quieren?

—Desean hablarle de su hijo de usted, doctor. Parece que traen una orden de arresto.

Precipitadamente, Pooh Karven presionó el botón, cerrando la comunicación y levantando vivamente la vista hacia su hijo, en el cual había aparecido una expresión de estupor.

—Vienen a arrestarte, Thokk... ¿Qué has hecho, hijo mío?

—¿Yo? —La sorpresa de Thokk no era fingida—. ¡Nada ilegal ni prohibido, papá!

—¡Por Met y por los sagrados lemas de Ikran, no me mientas! Los agentes del «Magister» están abajo.

—¡Que suban, voto a mí! — rugió Thokk —. ¿Acaso no poseo el dominio de mis actos? ¡Esto es un error descomunal! ¡Nadie puede acusarme de nada ilegal!

Padre e hijo se miraron fijamente, desafiantes, como si no se conocieran.

—Está bien. Les haré subir... Pero, si me has mentido, te repudiaré, me olvidaré de ti, renegaré hasta del día que tu madre te puso en mis brazos. —Con energía, Pooh Karven volvió a pulsar el conmutador de la mesa—. Mira —exclamó—, haz subir a esos hombres.

El silencio se hizo en el despacho. Un silencio lleno de singulares matices, donde parecían sonar los corazones, los pensamientos y las miradas... Un silencio que tenía más de ruidosa tempestad que de vacío absoluto.

Transcurrieron seis minutos, durante los cuales Pooh Karven se sentó y su hijo se puso en pie, volviéndose hacia la entrada, dos hombres vestidos con ropas oficiales, negras, y provistos de armas convencionales, hicieron su aparición en el despacho.

—La rectitud del «Magister» sea constante y su bondad caiga sobre todos —saludó uno de ellos, con la fórmula verbal del que ensalzaba y elogiaba a su amo—. Disculpen si la ley cae ahora sobre este hombre.

Miraba a Thokk, quien gritó:

—La ley no puede caer sobre un inocente.

—Se ha recibido una denuncia desde Noaraby, Thokk Karven, contra ti.

—¿Denuncia? ¿Qué clase de denuncia?

—Homicidio.

Como si hubiese recibido una tremenda, invisible y feroz bofetada, Thokk retrocedió unos pasos, tornándose pálido. Miró al hombre que había hablado, luego al otro, que permaneció silencioso, y, por último, a su padre.

—Eso no es verdad, padre — exclamó —. Yo no he matado a nadie.

—El informe que hemos recibido del «Magister» de Noaraby dice claramente que anoche, en aquella ciudad, mataste al poderoso Uhto Somoz —habló el otro agente, hasta entonces silencioso.

—¡No! Somoz está vivo! Hablé ayer con él. Yo le dejé vivo, en su despacho —protestó Thokk, ahora avanzando con las manos extendidas, hacia los agentes —. ¡Lo juro por los sagrados lemas de Ikran! ¡Lo juro por Taiphon, por Meras, Ulda y Praxmón! ¡Yo no he matado a nadie!

—¡No blasfemes en vano, Thokk! —exclamó el primer agente—. Llevamos grabada aquí la orden del «Magister». Puedes oír su voz y su mandato. Nosotros, empero, no podemos juzgarte. Debes comparecer ante él y exponer tu defensa. La ley te ampara... Puede que sea un error.

—Pero no te hagas ilusiones. Si el «Magister» de Noaraby te reclama, de acuerdo con los convenios inter y exterlegales, habrás de ser trasladado a aquella ciudad para ser juzgado. Tú eres de aquí, empero, y eso te favorece, porque se enviará a un observador delegado que podrá interceder por ti, si el procedimiento no es satisfactorio.

—¡Soy inocente, inocente, inocente! ¡Créeme tú, padre!

—Quiero creerte, hijo, porque has jurado por la memoria de hombres que hicieron mucho bien a la Humanidad, y sería una blasfemia renegar de sus nombres —habló el doctor Pooh Karven, con cierta solemnidad—. Y por eso te ayudaré. ¡Pero no estoy seguro de que seas inocente! Ni yo, que soy tu padre, ruedo confiar en ti.

»Vamos, agentes. Yo les acompañaré a ver al «Magister».

—No podemos oponernos. Venga usted, doctor...

¡Y habremos de llamar también a... la última esposa de Thokk Karven!

¿Cómo se llama?

—Kheta Asklepia... Es la hija del... del «Magister» — musitó Thokk.

II

Arpo Asklepia, el «Magister» de Veilak, era un hombre probo y justo. Ocupaba aquel alto y distinguido puesto por votación popular, y era tan temido como respetado.

Su debilidad estaba en su propia casa — ¡o fuera de ella, en la mayoría de las veces! — y se llamaba Kheta, su hija. Nacida libre, disoluta y caprichosa; criada sin madre, la muchacha se hizo antojadiza, banal y frívola.

Pero era bonita, sin duda. Si algún rasgo feo existía en su aspecto, sin duda había que achacárselo a los paladines de la moda, que la sorbían el seso. Así, Kheta solía afeitarse la cabeza o ponerse peluca; se vestía de pieles o iba liviana o casi desnuda. Solía llevar uñas postizas, ojos de colores, adornos en las orejas y hasta un cristal de «radium» sobre el pecho, a modo de peto, para poder exhibir su esqueleto en alguna fiesta mundana.

Kheta Asklepia tenía diecisiete años y cuando se enfadaba, su voz se hacía extremadamente desagradable y chillona. No solía, empero, enojarse con frecuencia, porque tenía escaso talento para conocer el enojo.

Y nadie que no fuese un sabio como Pooh Karven habría sabido quién era Kheta.

Aquel día, la muchacha, conduciendo un aeromóvil último modelo, color verde, aterrizó violentamente en la pista elástica particular, situada detrás de su casa. Alguien, desde una ventana del edificio, la vio salir del aparato y avisó a su padre por medio de un fonovisor.

—Excelencia, discúlpame. Pero tu hija acaba de regresar de Noaraby — habló el informante.

—Hazla venir inmediatamente a mi despacho.

—Correcto, Excelencia.

Kheta se dirigía hacia el sector del enorme edificio que tenía reservado, cuando Kott, el ayudante de su padre, le salió al paso, a la entrada de un ascensor neumático.

—Tu padre quiere verte, Kheta —dijo Kott.

En los ojos estriados de la muchacha habían lágrimas y vestigios rojos de congoja infinita.

—¡Yo no quiero verle a él, Kott! ¡Dile que me disculpe!

Antes de que Kott pudiera hacer nada por retenerla, Kheta desapareció dentro del hueco del ascensor, dejando al hombre perplejo y pensativo.

Kott volvió a llamar a su protector, el «Magister» Asklepia, a quien manifestó:

—Señor, con indicios de pesar en su rostro, tu hija ha manifestado que no quiere verte. Te ruega que la disculpes.

—¡Por Ibis, Kott! Si alguien ha enojado a Kheta se acordará de mi furia.

—Puede ser causa de su matrimonio.

—¿Su matrimonio?... ¿Qué matrimonio?

—Me pesa decirte, señor, que tu hija se ha matrimoniado recientemente.

—¿No? ¡Imposible! ¡Yo estaría...!

—Señor, tú estás demasiado ocupado con la justicia para conocer los pasos de tu hija. Ahora viene de Noaraby, donde se ha casado con...

—¿Con quién?

Kott bajó los ojos ante la pantalla del fonovisor, para musitar:

—Con un hombre títere... Un guapo y solicitado individuo, del que hablan todas las crónicas escandalosas.

—¿No?

—Sí. Se ha casado con Thokk Karven.

Hubo un silencio y un chasquido, al apagarse bruscamente la pantalla. El «Magister» de Veilak no quiso que su ayudante viese la expresión de terror y angustia que había brotado a la superficie de su faz.

Sin embargo, Kott, conociendo a su amo y señor, había comprendido.

Minutos más tarde, habiendo abandonado su despacho, su tarea oficial y quehaceres, el «Magister», ataviado con su clámide púrpura y la banda metálico-flexible con el escudo de su superior dignidad, irrumpía de modo vandálico en el aposento de su hija, la cual estaba tendida en un lecho semicircular, frente a la ventana panorámica, contemplando el rojizo paisaje de la campiña que se extendía sobre aquella inmensa superficie plana que era Veilak, la población donde la demografía era una ciencia matemática y en donde para nacer un ser humano debía morir otro previamente.

—¡Kheta! —exclamó el «Magister», acercándose al lecho de su hija.

Ella no se movió. Pero dijo:

—Déjame, padre. Quiero estar sola.

—Me han dicho que te has casado con Thokk Karven. ¿Es cierto?

—Sí. Estoy arrepentida. Si quieres hacerme un favor, deshaz ese matrimonio.

—¡No puedo hacer eso!

—Pues no lo hagas... ¡Déjame en paz!

—¡Voto a los eternos legisladores Ugo y Vertel! ¿Qué dices? ¡Soy tu padre! ¡Soy el «Magister» de Veilak, soy el... el...!

—Eres un infeliz y yo me siento muy desdichada, padre. Me he casado con ese fantoche por vanidad. Eda Likwa, esa engreída esposa del horripilante y rico Uhto Somoz, me incitó... Ahora lo siento.

—¡Met, Met, ayúdame! ¿Has estado en Noaraby con ese... ese hombre?

—Sí.

—Pues oye, hija insensata. Acabamos de recibir un mandato de Noaraby, pidiéndonos la detención y extradición de Thokk Karven, al que se acusa de haber asesinado a Uhto Somoz.

La muchacha de la cabeza afeitada y los dientes negros se revolvió como una pantera, saltando y poniéndose en pie ante su progenitor.

—¡No! — gritó con aquella voz suya desafinada y estridente.

—Sí, pequeña. He enviado a dos agentes a detener a tu... a Thokk Karven.

—¿Ha muerto el horrible Uhto Somoz? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Según el informe, murió anoche, cuando se encontraba en el «potro» de los ejercicios. Su esposa Eda ha declarado que Thokk Karven se encontraba con él, enfrascados ambos en una discusión de dinero.

«Parece ser que Thokk, furioso, empujó la palanca del conmutador eléctrico de alto voltaje y Uhto Somoz hizo de resistencia catalítica con su cuerpo, muriendo carbonizado en el acto.

—¡Eso es falso! — gritó Kheta, descompuesta —. Thokk estaba conmigo... Salimos juntos del Palacio Nuevo. Uhto Somoz quedó allí, con su mujer y sus criados.

—La declaración de Eda Likwa no es ésa. ¿Por qué habías de venir tú a estropear las cosas? ¿Por qué tienes que defender al hombre que te ha hecho desdichada?

Kheta se dejó caer sobre el lecho semicircular y ocultó el rostro entre las manos. Sollozó, estremeciéndose.

—Padre, ayúdame, padre.

—¡Pobre hija mía! ¿Le quieres?

—No sé qué pensar ni qué hacer. Ahora vengo de ver al doctor Karven, quien me ha tratado de un modo desconsiderado.

—¡Estúpido y engreído doctor!

—No le reproches, padre. Él también quiere a su hijo. Fuimos a verle para que nos diese dinero. Thokk desea pagar algunas deudas y luego pensábamos irnos a Trekmool, a establecer nuestro hogar. Aquella región es verde, paradisíaca y maravillosa. La vida allí ha de ser feliz y dichosa... ¡Yo quiero a Thokk, padre! ¡Sí, le quiero aunque su padre me haya insultado! Me doy cuenta de que Thokk no es nadie, ni tiene nada. Su vida ha sido de oropel, falsa, vacía al verdadero amor y a la felicidad...

—¡Se ha casado veintidós... veintitrés veces! —rugió el «Magister».

—¿Y eso qué importa?... Pienso, padre, que si Thokk está metido en apuros, no puedo abandonarle... ¡Y no le abandonaré!

* * *

La sala de la justicia de Veilak era un hemiciclo inmenso, con más de diez mil asientos, todos provistos de pantalla fonovisora, para que el auditorio pudiera presenciar, de cerca, las imágenes de los encartados en un proceso, así como ver al «Magister», escuchar sus preguntas y las respuestas del acusado.

Aquel día, y en la hora de comparecer Thokk Karven ante la ley, para escuchar sus alegatos y juzgar si era conveniente autorizar la extradición de un natural de Veilak, todos los asientos de la sala estaban ocupados por una curiosa y heterogénea multitud.

También, en el exterior, ante las pantallas de sesenta metros cuadrados, la muchedumbre se había apiñado, ávida de curiosidad, enojados casi todos porque su tardanza les había impedido ocupar un asiento en la sala.

A la hora indicada por el Senado de Información, el «Magister» compareció ante el público, saludó al estilo habitual, alzando ambos brazos al cielo, como para invocar la asistencia divina, y luego se sentó en el sitial de pórfiro negro.

Dos agentes de la justicia surgieron por la boca de un ascensor neumático, cuya plataforma traía consigo el banquillo de acero en donde estaba sentado Thokk Karven, sujetas las manos y los pies al asiento. De haber sido un caso de justicia local, con homicidio y en caso de demostrarse plenamente la culpa del acusado, aquel mismo asiento habría transmitido al reo la corriente eléctrica que le fulminaría en presencia del público, cumpliéndose la ley en el acto de haberse hecho la justicia.

El caso era grave, pero el «Magister» sólo debía acordar y conceder la extradición al acusado, para ser juzgado en donde cometió el delito.

La aparición de Thokk Karven, joven, apuesto y popular, despertó un coro de murmullos entre el público, mucha parte del cual se puso en pie, en el hemiciclo, para verle sin necesidad de recurrir a los fonovisores.

En alguna parte del público, alguien gritó, llamando al servicio técnico, porque su fonovisor no funcionaba.

Una sirena ululante apagó murmullos y palabras, y, con la pregunta ritual del «Magister» al acusado, el juicio dio comienzo.

—¿Eres de Veilak, Thokk Karven?

—Sí.

—Se te acusa de haber dado muerte a un súbdito de Noaraby, y de haber huido después para refugiarte entre nosotros. Y como tenemos relaciones y acuerdos legales con ese país, nos han pedido que procedamos a detenerte y a enviarte allá, para averiguar tu culpa. Confiesa, Thokk Karven, ¿eres culpable o inocente de la muerte de Uhto Somoz?

—¡Soy inocente! —gritó Thokk, con energía.

Su voz masculina, esparcida al viento por miles de pequeños altavoces, poseía el matiz multisónico de un estudio de acústica. Pareció serpentear, por obra y gracia de la electrónica, ascendiendo en el aire cargado de la inmensa sala, para salir al exterior por los conductores de renovación de aire del edificio, para luego extenderse en mil ecos por la ciudad, sus plazas y paseos, avenidas y calles.

»¡Soy inocente!», parecía repetir el viento, y las ramas rojas de los árboles temblaron, agitando las hojas.—Ante la ley quedan registradas las palabras del acusado. Pero el procedimiento jurídico debe continuar — añadió el «Magister»—. Es preciso probar la culpa o la inocencia.

»Te dejaremos oír la acusación del «Magister» de Noaraby, y luego oirás a los testigos de cargo. Después podrás presentar los testigos de defensa. Escucha, Thokk Karven.

En el silencio ominoso que siguió a estas palabras, una voz tomó la palabra, para decir:

«Uhto Somoz, mecenas y protector de Noaraby, fue hallado muerto sobre

un «potro» de ejercicios, al que se había dirigido una descarga de electricidad de alto voltaje, capaz de acabar con su vida. Fue su esposa Eda Likwa quien lo descubrió. Efectuadas las primeras pesquisas e interrogados los testigos, se resume que:

«Primero. La última persona que estuvo con la víctima fue Thokk Karven, conversando acerca de intereses económicos. Parece ser, según Eda Likwa, que Thokk Karven recibió de Uhto Somoz la cantidad de cinco mil «úreos» en concepto de anticipo sobre cierto objeto que Thokk Karven debía vender a Uhto Somoz.

«Segundo. Durante esta discusión, iniciada en el despacho de Uhto Somoz, éste manifestó que a tal hora, todos los días del año, debía efectuar sus ejercicios gimnástico-médicos, sobre el «potro», y por ello, invitó a Thokk Karven a que le acompañara al lugar donde fue hallado muerto.

—¡Eso es falso! —gritó Thokk Karven, desde su banquillo metálico—. Enteramente falso.

—¡Cállate! —le instó uno de los agentes judiciales, con energía—. Ya tendrás ocasión de hablar.

El acusado miró con desprecio al agente y luego desvió la mirada, hacia la primera fila de testigos, donde estaba su padre, los dos agentes que le habían arrestado el día anterior, Kheta Asklepia, su esposa, de mirada inescrutable, y algunos hombres más.

En aquel grupo de personas estaba la salvación o la perdición de Thokk y él se daba cuenta de ello. ¿En quién podía confiar? ¿Qué dirían cuando la voz inflexible de la acusación terminase de exponer los puntes por los que pretendían deportarle, juzgarle de nuevo y luego sentenciarle a muerte?

¿No era un pozo insondable y tétrico en el que se hallaba metido sin apenas darse cuenta? ¿Qué hado fatal le había elegido como víctima?

¡Él no era un asesino, no! Pero... ¿Era inocente?

Aquel momento podía ser ideal para juzgarse a sí mismo, para autodiscriminarse, para poner su mente al descubierto, hablarse a sí mismo y catalogarse.

¿Qué había hecho él?

Siempre vivió frívolamente, sin preocupaciones. Su padre le había consentido demasiado en su primera juventud. Luego, se dejó arrastrar por la vorágine de la irresponsabilidad. Contrajo matrimonio con una viuda millonaria, cuya fortuna disipó en poco tiempo. Se separó de ella, dejándola en la ruina. La ley se lo permitía. El matrimonio era un contrato entre dos partes, con más escapatorias que agujeros tiene un filtro de agua. Uno podía casarse a las cinco y separarse a las cinco y diez, para volverse a casar a las cinco y veinte.

El matrimonio era así. Sólo exigía la presencia de dos personas ante un registrador oficial, un sello en una cartulina y dos firmas. Nada más.

Por suerte, Thokk Karven no había tenido hijos con ninguna de sus veintidós mujeres anteriores. Era un «record» de inconstancia. Al principio,

existían vínculos morales, más o menos fuertes. Luego, la aureola de la popularidad le cegó. Era necesario continuar, ser más veleidoso, informal y tremendista.

Una mujer, un beso, una separación... Después venía el vacío, la ansiedad... ¡Sí, él vivió momentos de inseguridad, de asco, casi de locura!

Ahora podía comprenderlo. Le estaban juzgando por haber matado a un hombre. Él era inocente. ¿Le creerían? ¿Podría creerse él mismo?

Sintió asco de su pasado. Diez años, poco más o menos, de insensatez, abocando ahora a un juicio de extradición. Si le condenaban, sería enviado a Noaraby... ¡Y allí sólo podía esperar la muerte! Él conocía muy bien el prestigio de Uhto Somoz, feo y horrible, presuntuoso y necio, estúpido y vanidoso, pero cargado de dinero.

¿Quién mató a Uhto Somoz y por qué? ¿Simplemente para acusarle a él?

Pensó en Eda Likwa sin darse cuenta. Aquella mujer no quería a su marido, pero sí la riqueza que él poseía. Se lo había dicho. Thokk sintió miedo, aquella noche, en la terraza, cuando Eda se arrodilló a sus pies, suplicante.

«¡Llévame contigo, Thokk!», le había pedido con voz ronca por el deseo.

Él no podía acceder. Aquello no era una aventura, sino una locura estúpida. Uhto Somoz estaba por medio. Era poderoso y tenía amigos en la Cámara de Dominio.

Veintidós rostros acusadores parecían llenar la mente de Thokk, al evocar aquellos diez años de estulticia y desvarío. Ahora, volvía el pasado. Algunas de aquellas mujeres, tres, concretamente, habían muerto ya. Una, su primera esposa, Degami, había muerto por accidente... ¡Las otras dos, Kagli y Wiema, se habían suicidado!

¿Podía decir que era inocente?

No se le estaba juzgando por la muerte de un hombre. ¡Era su existencia entera la que se dilucidaba allí, ante millares de personas ávidas por conocer detalles del ídolo de papel! ¡La curiosidad de las gentes mordía ahora en su corazón, porque no era un nuevo escándalo el que ofrecía a la masa de gente aglutinada por la monotonía, sino un juicio por asesinato!

Él, Thokk Karven, hijo del eminente doctor Pooh Karven, acusado de homicida.

Y encontró la palabra: odio... Odio, aversión, repugnancia de sí mismo.

¡Egofobia!

Thokk Karven se había juzgado y condenado en aquél mismo instante. Él se aplicó la ley con rigor inusitado. Él se autojuzgó, se condenó a cambiar de vida y existencia.

Egofobia de su pasado, de todo su ser, de sus pensamientos.

Pero la acusación real continuaba. La voz repicaba en millares de oídos, diciendo, incansable:

—Vejámenes escandalosos, el abuso a la hospitalidad, robando dinero a sus anfitriones. ¡Ése es el popular Thokk Karven, un sujeto deleznable y vil,

para quien la moral carece de sentido!

»¿Qué ejemplo puede dar un ser semejante a nuestra sociedad moderna, cuando, harto de vicios y placeres, recurre al asesinato para conseguir los «úreos» que le permitan continuar su depravada existencia? ¡Ése es el hombre que reclamamos ante nuestra justicia, para escarmiento y ejemplaridad!

»Y escuchada la acusación y los testigos, exigimos, de ley y de justicia, nos sea entregado inmediatamente.

El silencio que siguió a estas iracundas palabras pareció caer cual losa de plomo sobre los asistentes de rostros graves que invadían la sala; silencio, empero, que la voz de modulaciones metálicas del «Magister» rompió, diciendo:

—Ésa es la reclamación del «Magister» de Noaraby. Ahora, antes de acceder a ella, soy yo, conferido en el cargo que vosotros me disteis, el que debo juzgar. Si el acusado es inocente, se denegará la petición; si es culpable, en ley, se aceptará y se cumplirá.

»Que se ponga en pie el testigo número uno de la defensa, el doctor Pooh Karven.

El padre de Thokk se levantó despacio, gravemente. Miró primero a su hijo y luego al «Magister»; carraspeó, se aclaró la voz y dijo con timbre emocionado:

—Sólo puedo decir que mi hijo es inocente.

—La intención de un padre, puesta de manifiesto con sus actos y palabras, no puede ser tenida en cuenta ante la justicia. Limítese el testigo a decir lo que crea su deber. Nos juzgaremos.

Pooh Karven no sabía qué decir. Quiso hablar y las palabras se atropellaron en su lengua. No era hombre de discursos. Era un científico, amante de la soledad y del cálculo, un hombre sin voluntad humana, excepto para su trabajo, en el cual era un titán de la ciencia, Sencillo y humilde, quiso decir que su hijo, pese a sus venialidades, no podía ser un asesino. En realidad, dijo:

—No es posible que haya matado... Yo no le eduqué para eso. Sé que ha sido ligero y frívolo, alocado, pero no puede haber matado.

Una defensa patética, pero inútil. El «Magister», en vista de ello, se vio precisado a recusar al testigo, diciendo:

—La defensa no se tiene en cuenta. El ciego amor de un padre no es suficiente para demostrar la inocencia del acusado. Que se ponga en pie el segundo testigo... La señora Kheta Asklepia.

La voz del «Magister» pareció temblar al pronunciar este nombre. Su rostro se nubló y un murmullo de interés y expectación corrió por la sala.

Iba a declarar la hija del propio «Magister».

III

—Mucha gente sabe, «Magister» — empezó diciendo Kheta, ahora con su voz natural, no influenciada por iras o modas, dirigiéndose a su padre —, que a pesar de ser hija tuya, soy bastante tonta.

»Mis dientes negros y mi cabeza afeitada hablan por mí. Soy vanidosa, engreída y superficial. Tú, que eres mi padre, debías conocerme mejor.

»Me gustan los aeromóviles veloces y viajar por el cosmos a escape libre. Más no creo que muchas mujeres de mi edad sean mejores o peores que yo. Eso ha de reconocerse.

»Soy, además, caprichosa. He estado siempre atenta a toda clase de escándalos, porque nuestra existencia es demasiado aburrida y monótona como para que no soñemos con hombres atrayentes, como Thokk Karven, ¡el fascinante Thokk!

»¿Hay alguna muchacha capaz de ver a Thokk sin lanzar un suspiro? ¿Hay alguna mujer casada incapaz de soñar con él en secreto? ¡Esto puede demostrarse inmediatamente! ¡Veo infinidad de mujeres en la sala!

Si miento, mienten ellas también. Lo sé y no me equivoco.

»Por eso, «Magister», cuando conocí a Thokk, bailé con él y me besó, mi razón se ofuscó, quedando desde ese momento presa de sus encantos. Habría hecho cualquier cosa porque todo el universo me viese saliendo del brazo de él... ¡Era mi triunfo!

»Él, empero, no quiso. Y nos casamos en secreto. Pero tengo mi cartilla en regla, con su firma y la del registrador de Noaraby. Estoy casada, pues, legalmente, y puedo declarar en favor de mi esposo.

»Diré, en primer lugar, que nada más contraer matrimonio con él, sufrí la mayor decepción de mi vida. Thokk es un hombre falso y su apariencia engañosa. No es, ni más ni menos, que cualquier otro hombre de su edad, aunque su aspecto sea impresionante. Es la fama que lleva consigo la que me engañó y la que engañaría a cualquier mujer, porque a nosotras nos gusta ser piedra de toque en escándalos. Incluso me seducía la idea de separarme de él antes que sus anteriores mujeres y alardear siempre de haber sido la vigésimo tercera mujer de Thokk Karven.

»¡Estúpido galardón!

«Inmediatamente me desengañé. Le vi tal cual era y sentí asco de mí misma. Me dijo que me amaba y me habló en un tono desapasionado, como por rutina. Era un hombre sin alma.

»Yo no era mejor que él, lo confieso. ¿Qué podía censurarle? Una aprende todos los días. Las enseñanzas que recibimos en la infancia y la adolescencia son insuficientes para mostrarnos la verdadera faz de la vida. Y pronto olvidamos lo que en sueños nos fue obligado aprender por la teleinstrucción.

»¡Qué mundo más mezquino el nuestro, «Magister»! Resulta que estás

juzgando a un hombre y estás pensando en que algo de la culpa de ese hombre debería recaer sobre ti... ¡Y todos vosotros pensáis lo mismo! El mundo en el que nacéis es pequeño, la producción de equipos y alimentos es constante, no somos capaces de progresar ni de retroceder, puesto que, hasta para nacer, necesitamos el puesto del anciano que nos deja por consunción.

«Carecemos de enfermedades y los accidentes aéreos o siderales no son causa de muerte, siempre y cuando los médicos intervengan a tiempo. Poseemos una gran ciencia que nuestros antepasados nos legaron y nosotros hemos sabido ampliar y aumentar en beneficio propio.

«Pero ¿quiénes somos? ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Juzgando a un hombre?... ¿Por qué no nos juzgamos nosotros, que hemos levantado al ídolo? Thokk Karven se ha hecho gracias a nosotros. Todos somos culpables de lo que ahora es...

»¡Pero yo quiero deciros que él no ha matado a nadie! ¡Su culpa es otra, muy distinta! ¡Thokk Karven ha vivido siempre codiciado por las mujeres, y yo he sido una de ellas! ¡Sin embargo, él no puede complacerlas a todas, y ha vivido ajeno a las súplicas de millones de admiradoras suyas!

»Él me dijo:

* * *

— Kheta, me gustaría poder amarte. Quitándote ciertos afeites y caprichos, me gustarías más. ¿Por qué no intentamos ser felices?

Se encontraban en una suntuosa «suite» del mejor hotel de Noaraby. Ella había gastado mucho dinero en la boda, y Eda Likwa les encareció considerablemente la existencia, porque tenía poder suficiente para convertir a la pareja en unos pordioseros.

Ninguno protestó de los precios. Pero él pensaba.

—Explícate, mi pequeño terrón de azúcar.

—Me gustaría empezar una nueva vida contigo. Podríamos ir a Trekmool, donde tengo entendido que los bosques son verdes y no rojos, como en Veilak, o pardos como aquí, en Noaraby. Podríamos fundar una vivienda, crear una familia, tener un hogar.

Kheta se estremeció. La idea era sugestiva. Pero ¿cómo privarse del placer de exhibir a su codiciado esposo ante la gran sociedad de Noaraby, Plex, Veilak, Atlimia o Cuz, donde el nombre de Thokk era una leyenda?

—Sí, amor, me parece una excelente idea. Aunque ¿no crees que nos sentiremos solos en Trekmool? Es un mundo muy distante.

—Es la única forma de seguir juntos. Mira, tengo un proyecto que puede darnos resultado. Uhto Somoz ha mostrado interés por el «ojo estelar» de mi padre. Yo sé lo mucho que estima mi progenitor su invento, que algún día será mío. Y como yo no soy astrónomo, ni me interesa lo que está ocurriendo en los confines del universo, pienso que mi padre puede «anticipármelo» en bien de nuestra felicidad.

—¿Anticiparte el qué?

—El «ojo estelar».

—¿Qué es eso?

...Una serie de lentes magnéticos, bobinas luminosas y ópticas, y conmutadores, ideado por mi padre para sondear el espacio y llegar hasta los remotos mundos donde no llegarían jamás nuestros navegantes del espacio.

«Estoy seguro de que Uhto Somoz nos daría una buena suma de dinero por ese descubrimiento. Porque, aunque no lo parezca, no sólo sirve para estudiar el cielo, sino para muchas cosas más. Observando por un objetivo ocular y graduando luz, intensidad y distancia, mi padre ha descubierto mundos que se encuentran a millones y millones de «disparos» de nosotros. Incluso ha visto seres de otras razas, arquitecturas distintas...

«Cuando le conté esto a Uhto Somoz se mostró interesado. ¿Y sabes qué me preguntó?

—¿Qué?

—Si podía ver a las gentes de Veilak, sin moverse de Noaraby... ¿No te parece una necedad?

—¿Y qué le has contestado? —preguntó Kheta, para no comprometerse.

—¡Que sí, naturalmente! Pero con un telescopio corriente podemos vernos. No es preciso un «ojo estelar» para ver lo que todos los niños ven en las escuelas.

—¡Qué interesante! Creo que tu proposición merece estudiarse, Thokk... ¡No sabía que tu padre fuese tan listo!

* * *

—Deduje, por ello, «Magister», que, no siendo Thokk Karven lo que yo había imaginado, y sí un hombre hastiado que pretendía huir de su destino, no habría vacilado en sacrificar a su padre con tal de conseguir la felicidad en Trekmool.

»¡Y hasta llegó a convencerme!

«Por eso regresamos a Veilak y fuimos a ver a su padre.

La muchacha hizo una pausa. Tenía húmedos los ojos, de donde había desaparecido ya las artísticas estrías hechas por un famoso oculista de Noaraby y sus pupilas grises, casi azules, estaban tristes.

—Este hombre me vio y no me conoció. No tenía por qué conocerme —continuó diciendo Kheta, con voz triste—. Supo que era la vigésimo tercera esposa de su hijo y me insultó. No quiso ni escucharnos. Le debimos parecer monstruos o algo así, porque me habló en un tono censurable e insultante, que me hizo salir inmediatamente de aquel sórdido despacho.

El doctor Pooh Karven, con voz triste, levantando la vista hacia su nuera, musitó:

—Lo siento, Kheta. No era mi intención ofenderte... Estaba furioso por la vida que lleva mi hijo.

—Lo sé —repuso ella—. Ha bastado que surja este penoso asunto, para que me diese cuenta de mi venialidad y comprendiera que mi deber es estar

junto a Thokk... Pero ¡óiganme todos bien; yo sé que Thokk no pudo matar a Uhto Somoz, dado que siempre estuvo conmigo, y salimos juntos del Palacio Nuevo de Uhto Somoz, donde le dejamos con vida, acompañado de su esposa, Eda Likwa!

Al callar Kheta, un nuevo silencio se hizo en la sala.

Con un gesto solemne, el «Magister» alzó la mano y dijo:

—He ahí una declaración que contradice a los testigos de la acusación. No puedo poner en duda las palabras de esta mujer a la que conozco tan bien. Pero Kheta Asklepia puede ser cómplice de su marido.

—Mi declaración vale tanto como la de Eda Likwa — gritó Kheta, con energía—. Y exijo una confrontación.

—Eso no puede ser. Los convenios extranacionales lo prohíben. Sólo es admisible esa fórmula si el testigo acusador se aviene a declarar por radiotelevisión. Y, en todo caso, hemos de suspender la vista para consultar con el «Magister» de Noaraby.

—¿Y continuar teniéndome encerrado entre esas seis paredes de acero? —preguntó Thokk Karven—, Yo tengo una solución mejor para aclarar la verdad del caso, y sugiero sea sometida al Senado técnico de justicia.

—¿Qué solución es ésa? —preguntó el «Magister».

—Antes se ha hablado aquí del «ojo astral» inventado por mi padre. Hasta ahora sólo ha sido empleado para el estudio astronómico y para el cálculo de galaxias y estrellas en expansión. Pero el «ojo astral», como saben escasos científicos, tiene la propiedad de profundizar tanto en los espacios siderales como en la mente de un insignificante ser humano. Yo desconozco la técnica de ese aparato, pero mi padre puede manejarlo y hurgar en mi mente, sacando a la luz mi inocencia.

—¡Sí, puedo! —gritó el doctor Pooh Karven, poniéndose en pie de un salto—. ¡Y puedo encontrar al culpable, así como proyectar sobre una placa fotográfica los pensamientos del verdadero culpable!

La sorpresa que causó entre el público estas palabras fue tan espectacular como sintomática. Un coro de voces se alzó al aire, protestando unos de que existiera máquina capaz de penetrar en algo tan íntimo como el pensamiento, y gritando otros que se sometiera a Thokk Karven a esa prueba, a fin de demostrar su inocencia.

Desde luego, los que pedían el uso del «ojo astral» eran mujeres jóvenes, en su mayoría. Los hombres serios y sensatos protestaban, considerando que tal poder de penetración, en manos de un científico, podía producir un cambio sociológico de gran envergadura.

Pooh Karven hubo de salir en defensa de su invento, diciendo a gritos:

—El Senado técnico de ciencias está enterado de la existencia de mi «ojo astral». Se me autorizó a construirlo y a trabajar en él, debido a mi discreción. Y prometí no emplearlo nunca en los seres humanos. Mas la situación exige un cambio de actitud... ¡Es la vida de mi hijo la que está en peligro!

—¡Noooo, nooo, nooo! —gritaron unos.

—¡Siiiií, siiiií, siiiií! —aullaron otras.

La ululante sirena del «Magister» apagó aquellos gritos, haciendo sentarse a todo el público, mientras en las puertas, los agentes de la justicia contendían con enormes avalanchas de personas de ambos sexos que pretendían irrumpir en la atiborrada sala.

Al fin, la incuestionable autoridad del «Magister» se impuso y se hizo un tenso y dramático silencio.

—Está fuera de lugar, indiscutiblemente — habló el «Magister», autoritario—, que la justicia deba hacerse con medios extraños. Me opongo terminantemente a que se realicen prácticas ajenas a la ley. El juicio continuará hasta apurar todos los recursos legales. Entonces Nos dictaminaremos.

»¡Que siga la causa contra Thokk Karven!

* * *

Mira Oblosk, encargada de recepción del Instituto Astronómico de Veilak, era la única persona que había quedado en el edificio. Todo el personal, sabios, ayudantes y técnicos, en número no inferior a dos mil, habían dejado sus puestos, para asistir al juicio de extradición del hijo del doctor Karven.

Todos allí conocían a Pooh Karven, le amaban y le respetaban. La suerte de su afamado hijo les inquietó a todos, y, aunque algunos fueron por simple y morbosa curiosidad, la mayor parte acudió por simpatía hacia el colega.

Ésta era la razón, sencillamente, por la cual Mira Oblosk se encontraba sola en el Instituto, siguiendo el juicio de Thokk a través de una pequeña pantalla visora.

Había declarado el doctor Karven y la hermosa mujer dé Thokk. También declaró uno de los agentes que fueron a detener a Thokk, y al que Mira recordaba muy bien, por ser ella misma la que avisó al doctor Karven de la presencia de los dos agentes judiciales.

Tan enfrascada estaba Mira escuchando el proceso jurídico, que no oyó detenerse un aeromóvil frente al edificio, del que descendieron cuatro hombres que traían cascos opacos sobre la cabeza y pantallas de visión unilateral sobre los rostros.

Los cuatro iban provistos de armas convencionales — capaces de matar, aturdir, anestesiar, enajenar o mutilar, según fuese la clase de carga disparada —, y se acercaron sin ruido al mostrador, tras el que estaba Mira.

Uno de ellos, cubierto con un ropón negro hasta los pies, habló:

—Cierra esos contactos, muñeca. Si das la alarma, te mataremos... «Z», sitúate detrás de ella.

Como estrategas que han estudiado previamente una operación, cada uno de los cuatro hombres enmascarados actuó según la parte del plan que les había traído hasta allí.

«Z» se situó detrás de Mira Oblosk y le apoyó la placa iónica de disparo en la cabeza afeitada.

—Un movimiento en falso y te decapito, mujer... ¡Cierra los controles de llamada! Si alguien llama, pensará que no hay nadie.

—Exacto, «Z». Creerán que todo el personal se encuentra en el juicio... «J», cierra las puertas... Vamos, muñeca; ahora queremos que nos acompañes hasta el despacho del doctor Karven. Queremos echar un vistazo a su «ojo estelar».

—¿Cómo saben ustedes que...? —empezó a decir Mira, sorprendida.

—Somos muy activos. No hace media hora que se ha hablado de la existencia de ese curioso y único aparato, y ya nos gustaría poseerlo. Por eso hemos venido a llevárnoslo. Vamos, muéstranos el despacho del doctor Karven, aprisa.

«Z» sólo tuvo que oprimir ligeramente uno de los disparadores de su arma. Mira sintió un hormigueo en el cráneo y se asustó más que si ya estuviese muerta, poniéndose en pie de un salto.

—Sí, sí... No me maten ustedes, ¡por los sagrados lemas de Ikran!

—No te mataremos. Eres demasiado bonita... Andando.

Mira salió de detrás del mostrador de Recepción, seguida siempre de «Z», y guió a los hombres hasta uno de los ascensores neumáticos.

—Ahí... Botón F-14.

Tres de los hombres entraron con ella en la cabina neumática, mientras el cuarto, el llamado «J», se apostaba junto a la entrada.

En un abrir y cerrar de ojos, gracias a la técnica de los elevadores modernos, el grupo penetraba en el despacho del ausente doctor Karven, donde no era fácil equivocarse, dado que sólo estaba su mesa, atiborrada de papeles en desorden, y la máquina adosada al muro, ante una mirilla cerrada.

—Creí que sería un artefacto enorme —habló el que llevaba la voz cantante—. Y resulta que es una caja poco mayor que una insignificante computadora.

—¡Podemos llevárnosla en vez de destruirla, Brokk! — habló «Z», impensadamente.

El jefe se volvió y, alzándose la visera del casco, envolvió a «Z» en una mirada asesina,

—Te dije que no pronunciases nombres, Zegry. Eso significa que esta chica tiene que morir irremisiblemente. ¡Hazlo tú!

—¡Perdón, «B»; ha sido sin querer! —suplicó el negligente, con voz ronca.

—¡Haz lo que te digo, necio!

Zegry no tuvo más remedio que volverse a la asustada Mira Oblosk, cuyo rostro se había desencajado y las piernas le temblaban azarosamente.

—Lo siento, muchacha —murmuró el asesino.

—¡No, por Met!

Un chirrido sordo brotó del arma que empuñaba «Z».

Mira se llevó las manos al rostro, donde una mancha negra se extendió macabramente sobre la piel, como si su sangre y epidermis hubiesen sido

carbonizadas en el acto.

El grito de la muchacha quedó apagado al instante. Luego se desplomó lentamente, para quedar de bruces sobre el piso de «acero-glass» brillante y oscuro.

¡Nadie, ni la ciencia, podría devolver la vida a Mira Oblosk! Su cerebro había quedado calcinado de un disparo equivalente a una intensidad nuclear doce. Componer aquel cerebro era inútil. Las partículas carbónicas en que se había convertido, se separarían en cuanto alguien quisiera intervenir a la muerta.

En el censo demográfico, cuando se supiera la noticia, autorizarían a nacer otro niño o niña, de la lista de aspirantes a madres que aguardaba desde hacía meses. Pero la justicia también intervendría, porque allí se acababa de cometer un asesinato.

—¡Ea, no perdamos el tiempo; destruyámosla! — habló el tercer sujeto, un tipo llamado Chible, que hasta el momento no había despegado los labios, y que ahora, ante el gesto de brutalidad de Zegry, consideraba necesario decir algo.

—¡No destruiremos nada! —masculló «B», de Brokk—. «Z» tiene razón. Nos han pagado por destruir esto. Pero el instinto me dice que podemos obtener mucho más provecho llevándonos la máquina en vez de destruirla... ¡Esto huele a muchos «úreos», más de los que podemos gastar en toda nuestra vida!

—Cierto, esto es una mina — añadió «Z», de Zegry, acercándose a tocar la máquina, palmoteando sobre ella—. Aquí hay un cable. Será mejor desconectarlo.

Tiró del cable, provocando un cortocircuito dentro del muro, del que salió un débil chorro de humo que ninguno advirtió, empujando el «ojo astral» hacia la puerta.

Lo sacaron, llevándolo al ascensor y, en un instante, los asesinos y la máquina ideada por el doctor Pooh Karven se encontraban en la planta baja.

—¡Eh, Julwo! —habló Brokk—. Será mejor que acerques el aeromóvil a la puerta. Conviene no ser vistos. Alguien puede pasar por la avenida y...

—De acuerdo, «B». Voy inmediatamente.

Saliendo al exterior, Julwo subió al aparato y lo situó justamente ante la entrada, por la que sus tres compañeros sacaron el «ojo astral», colocándolo sobre el piso del aeromóvil. Casi inmediatamente escapaban los cuatro forajidos dejando atrás a una mujer muerta y una serie de cables ardiendo en el interior de las instalaciones aisladas del edificio.

Era imposible que un cortocircuito provocase un incendio. Pero aquel lugar era el Instituto Astronómico de Veilak, y en sus distintas salas se alojaban laboratorios geofísicos que contenían depósitos con muestras en estudio.

Y la instalación ardiendo llegó hasta uno de aquellos laboratorios... ¡Después se produjo una cegadora explosión!

IV

La reunión tenía lugar en el despacho oficial del «Magister» Asklepia y a ella asistían cuatro personas.

Thokk Karven estaba sentado en un reclinable, frente a la mesa del alto dignatario de la justicia. A su derecha se encontraba Kheta Asklepia, notablemente transformada, y a su izquierda, el doctor Pooh Karven, con expresión preocupada.

—Es preciso reanudar el juicio —decía el «Magister»—. Desde Noaraby, con cuyo «Magister» acabo de comunicar no hace media hora, exigen que cumplamos el convenio. Sin embargo, es evidente que teníamos motivos más que fundados para suspender la vista de la causa de extradición.

»Me encuentro coartado por los procedimientos legales, que me atan las manos. También temo poner en entredicho mi reputación. La gente habla y comenta y el hecho de que en este asunto está mezclada mi hija no me favorece en nada.

»Se está trabajando activamente entre los restos del Instituto Astronómico y ya he recibido algunos informes significativos. Por ese motivo he querido reuniros aquí, en privado, para exponeros mi opinión de los hechos.

»Sin lugar a dudas, la catástrofe ha sido provocada deliberadamente. Alguien tenía interés en destruir tu «ojo astral» y lo ha conseguido.

—Lo siento, «Magister» — intervino Pooh Karven—. Ese informe tuyo es inexacto. Acabo de venir del Instituto y el agente judicial encargado de la investigación me ha notificado que Mira Oblosk ha sido encontrada muerta en mi despacho. Le habían calcinado la cabeza de un disparo atómico... ¡Y el «ojo estelar» ha desaparecido!

El «Magister» Asklepia observó fijamente al científico y luego, extendiendo la mano, presionó un conmutador del aparato receptor que tenía sobre la mesa, y en donde, inmediatamente, empezaron a fluctuar una serie de palabras escritas, que aparecían y desaparecían accionadas a distancia.

El «Magister» leyó aquel informe y asintió repetidas veces, presionando otro pulsador. Al terminar, cerró el aparato y se acodó sobre la mesa, murmurando:

—Cierto, doctor Karven. Parece ser que fueron a llevarse tu máquina y lo consiguieron. Según mi agente judicial en jefe, al arrancar el cable del «ojo estelar» se produjo un cortocircuito y se incendió la instalación eléctrica. Eso debió provocar la explosión en el laboratorio de análisis.

—¿Qué deduces de eso, «Magister»? —preguntó Thokk.

—Mucho... Y nada. Aquí no podemos basarnos en deducciones. Necesitamos pruebas. Pero es evidente que alguien ha actuado con centelleante rapidez.

—Alguien que temía verse escudriñado con el «ojo astral» —añadió

Kheta.

—Eso es sólo una hipótesis —repuso su padre — No una prueba.

—Durante el juicio se habló de someterme a escrutinio mental, a fin de establecer mi inocencia —habló Thokk, seguro de sí mismo—. Y eso no puede interesar al culpable.

—Eda Likvva —añadió Kheta.

—¡Silencio, hija! —atajó el «Magister»—. No tienes derecho a formular tal acusación. Carece de fundamento.

—¿Quién, sino ella, podía haber matado a su esposo, declarando luego falsedades contra el mío?

—Yo no quiero decir tanto — intervino Thokk —. Pero es significativo que, a los pocos minutos de haberse mencionado la posibilidad de utilizar el «ojo estelar» para probar mi inocencia, alguien se haya dirigido al Instituto Astronómico, robando el aparato y matando a la única persona que allí había.

—Puede ser un hecho ajeno al caso que nos ocupa — apuntó el «Magister», ambiguamente, como si ni él mismo creyera en lo que estaba diciendo —. El «ojo estelar» era una invención desconocida para la mayoría del público. Al oír hablar de él a través de la cadena informativa, algún desaprensivo, solo o acompañado, pudo sentir deseo de apoderarse de la máquina.

«Podemos atribuir el hecho a particulares con ánimo de lucro, o bien a agentes extranjeros, ávidos de servir a sus Cámaras de Dominio. Hay gobiernos, y me consta que el nuestro también recurre a esos procedimientos, que no vacilan en medios con tal de superar sus recursos técnicos. Es una carrera hacia la superación y el absolutismo, que no puede reportar nada bueno a nuestra sociedad de gobiernos. No quisiera pensar en que esa actitud desembocase en una guerra.

—¡Jamás! —exclamó el doctor Karven—. Si mí «ojo astral» se utiliza en perjuicio de la humanidad, yo seré el primero en descubrirlo. Estoy dispuesto a construir otro inmediatamente. Ya he recibido órdenes al respecto del Senado técnico.

—Pero tardarás mucho tiempo en tener dispuesto un segundo «ojo astral» —exclamó el «Magister».

—El primero lo construí en dos años. Éste puedo realizarlo en menos tiempo... Seis meses, ocho...

El «Magister» Asklepia sacudió tristemente la cabeza.

—Demasiado tiempo, doctor. Tu hijo ya estará condenado para entonces.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedo hacer nada por él... Lo siento. En Noaraby se sigue el juicio con mucho interés, a través de las pantallas informativas. Ellos saben que no hay pruebas de la inocencia de Thokk. Si yo, con las declaraciones hechas hasta el momento, todas ellas parciales, dictaminase que no cabe la extradición, la Junta de Juristas se me echaría encima y sería procesado.

»Hasta el momento, la acusación es más firme que la defensa. Los sucesos

acaecidos en el Instituto Astronómico, que parecen estar relacionados con este proceso, no hay modo humano de coordinarlos ni de hacerlos parecer coincidentes. En definitiva, y por eso he convocado esta reunión, sólo queda un recurso.

—¿Cuál? —preguntaron los tres interesados a un tiempo.

—La causa de extradición de Thokk debe continuar. Agotaremos el procedimiento y ganaremos todo el tiempo que sea posible. Luego, ante la imposibilidad de demostrar tu inocencia, habremos de enviarte a Noaraby, para que te juzguen por el asesinato de Uhto Somoz.

—¡Eso no es una solución! —declaró Kheta—. ¡Es un desastre!

Thokk se volvió a mirar a su joven esposa. Su cabeza no estaba reluciente, ni su faz maquillada, ni sus dientes negros. Incluso los ojos carecían de atractivo. Pero su brillo emocionó a Thokk.

Extendió la mano y asió la muñeca de ella, por encima del radio-reloj. Ella también le miró, desesperadamente.

—Gracias, Kheta. No esperaba esto de ti.

—Les desdichas unen a los seres humanos, Thokk. Después de todo, legalmente, eres mi esposo y te... te quiero. Lo demás no importa. Estoy dispuesta a luchar por ti con todas mis fuerzas... ¡Y si mi padre no quiere ayudarnos, lo haré yo sola!

—Quiero, Kheta; pero no puedo. Lo lamento... Me lo impide mi cargo. Me debo a él. Juré fidelidad a la ley y a la justicia. Y, si yo cometiera una injusticia, la Junta de Juristas me acusaría. Nos encontramos en una trampa bien urdida. Yo sé que en Noaraby la justicia no es tan digna como aquí. Allí existen demasiados intereses, pero, indiscutiblemente, se mantiene la apariencia de la legalidad... ¡Y nos atan los convenios!

—¿Por qué se han firmado esos convenios, sabiendo, como sabemos todos, que la Cámara de Dominio está al servicio de los opulentos? —preguntó Pooh Karven.

—Porque, oficialmente, es una Cámara tan digna como la nuestra, aunque sus senadores sean siervos de mezquinos intereses —gritó el «Magister» Asklepia—. Y la legalidad ha de ser respetada.

—No seré yo quien se deje sacrificar por esos reptiles — rugió Thokk—. Habré sido todo lo que la información escandalosa haya querido decir. Confieso mi culpa y la admito. He sido un estúpido y un cretino. Creí que la vida era una diversión constante y jamás me preocupé de pensar en cosas serias. Ahora la realidad me ha hecho detenerme a reflexionar. Me veo en apuros, quizá por mi ligereza, ¡pero soy inocente del delito que me acusan! ¡Y debe existir la verdadera ley, tanto aquí como en Noaraby!

—En justicia, hijo —declaró el «Magister», solemnemente—, es el culpable de un delito quien debe pagar por él. Pero la justicia la hacemos nosotros, que no somos infalibles. Actualmente, se cometen menos errores que antaño, porque disponemos de medios técnicos y sicológicos más perfeccionados. Pero, aun así, nos encontramos con casos como el tuyo, en

donde la ley nos ata y nos imposibilita actuar en verdadera justicia.

»Yo sé, ¡lo afirmo solemnemente!, que eres inocente a mi juicio. Sin embargo, no encuentro pruebas para demostrarlo. Y eso te condena, hijo. Lo siento por mi hija, a la que voy a destrozar el corazón, mas no puedo hacer nada. El juicio debe reanudarse y, si no surge un motivo importante que cambie el curso del proceso, no tendré más remedio que declararte culpable y enviarte a Noaraby para que te sacrifiquen.

—¡No iré! ¡Me rebelaré!

—Sería peor. La rebelión nos obligaría a matarte.

—¡No hables así, padre!

El «Magister» se abrió de brazos, impotente.

—Ésta es la situación — murmuró —. Para esto os he hecho venir aquí. Si no me dais una solución inmediata...

—¿Cuánto tiempo puedes retardar la acción de la ley?

A la pregunta de su hija, Asklepia declaró:

—No lo sé. Un día, dos, a lo más tres... Tampoco podemos estar diciendo vaguedades. En Noaraby están pendientes de este juicio.

—Bien. Concédenos todo el tiempo que puedas, papá —manifestó Kheta —. Voy a ir a Noaraby. Hablaré con Eda Likwa y le sacaré la verdad.

—¿Cómo?

—No lo sé aún. Pero emprenderé el viaje inmediatamente... ¡Yo te salvaré, Thokk; confía en mí!

El doctor Pooh Karven sintió una oleada de agradecimiento extenderse en su pecho. Al fin, pese a su falsa apariencia, su hijo había encontrado Una mujer íntegra, digna de él, aunque él fuese indigno de ella.

Se alegró de haberse equivocado respecto a la muchacha. No era lo que se figuró.

¡Y Pooh Karven también sintió asco de sí mismo!

¡Egofobia!

* * *

«Padre, dedica todo tu interés a descubrir quién mató a Mira Oblosk y se llevó el «ojo estelar» del Instituto Astronómico —había dicho Kheta Asklepia, antes de emprender viaje a Noaraby—. Si logras establecer la relación de ese hecho luctuoso con la muerte de Uhto Somoz, quizás averigüemos la verdad.»

Kheta, conduciendo su aeromóvil verde, pensaba en todo aquello. Se repetía que el culpable había pretendido hacer desaparecer el invento del doctor Karven para seguir oculto. Dado el interés del doctor por salvar a su hijo, no habría vacilado en faltar a la promesa hecha al Senado técnico... ¡Y el «ojo estelar» habría señalado al culpable!

Era una teoría maravillosa. Kheta había visto el «ojo estelar» cuando conoció al padre de su esposo.

Si volvía a verlo en poder de alguien, tendría la prueba que buscaba.

Como suspendido en el firmamento, el aeromóvil recorría infinidad de millas por minuto. Era un punto luminoso en el espacio infinito, trasladándose a velocidad hiperlumínica.

El trayecto desde Veilak a Noaraby era enorme, del orden de los ciento veinte mil millones de «dispros» (medida convencional, equivalente a los ciento setenta y tres kilómetros y medio, aproximadamente) y realizarlo con un aeromóvil de pequeñas dimensiones constituía un gran disparate.

Mas Kheta conocía la potencia de su motor ultra-gravitacional y sonreía. Ella podía salvar la distancia de Veilak a Noaraby en menos de seis horas... ¡Más aprisa que una cosmonave de transporte!

Todo era cuestión de técnica, simplemente. Y ella confiaba por entero en el técnico que le había modificado el motor de su aeromóvil, de cuyo rendimiento tenía sobradas pruebas. Una barra de radium en el reactor había solucionado el problema, aunque la muchacha hubo de desembolsar la magnífica cantidad de dos mil «úreos».

Ahora, sin embargo, Kheta estaba pensando en si había hecho bien en confiar tanto en el técnico y si los dos mil «úreos» habían sido bien gastados... ¡Porque, desde hacía media hora, la aguja del indicador de velocidad empezaba a descender considerablemente!

— ¿Qué ocurre aquí? —se preguntó, empujando el contacto de aceleración—. Parece que pierdo inercia... ¡Vaya, lo que me faltaba!

Efectuó una serie de comprobaciones y hasta tuvo que recurrir a la medición astronómica, de cuyas fórmulas apenas si se acordaba, por no haberlas tenido que utilizar en toda su vida. Al final, hubo de rendirse a la evidencia.

Su motor no funcionaba bien, su rendimiento había quedado reducido a una décima parte y todavía continuaba decreciendo, amenazando con detenerse por completo.

Si esto ocurría, Kheta se vería inmovilizada en medio de dos distantes mundos, sometida a la atracción gravitacional de ambos, y quizá convertida en remoto satélite de algún planeta discoidal, como los que formaban parte de la galaxia en que residía.

—Sólo me queda el recurso de la radio. Necesito ayuda y tengo que pedirla. Pero ¿qué astronave puede recogerme? El correo regular entre Veilak y Noaraby no pasa por aquí hasta dentro de tres días... ¡Y quizá vaya en él Thokk, ya condenado a la extradición!

»No puedo confiar en que venga algún particular. No son muchas las personas que transitan el cosmos, a no ser que... ¡Sí, ahí está; en la pantalla se percibe una cosmonave que lleva mi misma dirección!

No era precisamente un milagro. Las rutas siderales estaban abiertas. Existían compañías comerciales particulares que traficaban entre un mundo y otro. Quizá se trataba de algún envío de géneros manufacturados, desde Veilak a Noaraby o Plex.

La pantalla oscura, no obstante, le marcaba el punto luminoso de la otra

cosmonave, y esto era una realidad que hizo sonreír a Kheta!

Inmediatamente, orientó sus antenas hacia la otra nave y empezó a efectuar la llamada de socorro.

—Aeromóvil particular, en la coordenada 109, orientado hacia Noaraby, con avería abordo... Por favor, ayúdenme.

Casi en el acto, a través de su radio, oyó una voz agria, preguntando:

—¿Su origen?

—Veilak.

—Bien. Vamos en su ayuda. ¿Cuántos viajan?

—Estoy sola. Mi motor debe de estar averiado.

—¿Su nombre?

—Kheta Asklepia... Soy hija del «Magister» de Veilak. ¿Quiénes son ustedes?

—Técnicos contratados por una compañía de Noaraby. En seguida estaremos con usted, señorita.

Kheta se sintió aliviada. Había tenido suerte, después de todo. Pero cuando volviese a Veilak, el técnico que le había aconsejado el radium para su motor de fisión nuclear, escucharía su voz... ¡Y no precisamente la chillona, para darse tono hiriente o moderno, sino la suya propia, la que diría verdades como pensaba decírselas a Eda Likwa, en cuanto la viese!

Mirando en la pantalla de orientación, Kheta vio acercarse el punto luminoso hacia el centro. La nave de socorro se encontraba ya a menos de diez mil «dispros».

Entonces oyó de nuevo la voz del técnico, diciendo:

—Dentro de unos minutos estaremos a su lado, señorita Asklepia. Hemos pensado que, en vez de remolcarla, cosa que nos haría perder mucho tiempo a todos, puede usted abandonar su nave y pasar a la nuestra.

—¡Me parece estupendo! Tengo una prisa horrible por llegar a Noaraby.

—Nosotros también. ¿Dispone de equipo de vacío?

—Sí, creo que llevo uno en el subsuelo.

—Póngaselo y esté dispuesta a pasar a nuestra nave. Puede dejar los controles cerrados. Más tarde, un equipo de rescate podrá venir a recoger su aeromóvil.

—Gracias... Son ustedes muy amables.

—No tiene importancia, señorita Asklepia. Nos complace poder ayudarla en esta crítica situación. No pierda tiempo, por favor; ya estamos cerca.

Kheta cerró todos los controles, desconectando el motor y las baterías de sodio, para luego abrir la compuerta del suelo, detrás de su asiento, y sacar una caja de regulares dimensiones, en donde guardaba un equipo de vacío, para emergencias.

Abrió la caja, desplegó la tela metálica y flexible, y empezó a vestirse. Cerró cuidadosamente la cremallera y luego se ajustó el casco de «acero-glass» a la cabeza, cerrando los resortes de presión.

El atuendo iba provisto de una batería de aire. Sólo tuvo que abrir la

válvula y sintió el efluvio de la pequeña atmósfera artificial no tan cargada como la del aeromóvil.

Respiró aliviada cuando, tras haber desconectado la luz, miró al exterior, a través de la cúpula transparente, y vio la línea esbelta de un aeromóvil plateado, algo mayor que el suyo, acercándose silenciosamente en el vacío.

Entonces abrió la compuerta y tomó el cable de seguridad, que anilló a su cinto.

La otra nave se acercó lentamente. Se había abierto una compuerta, en su plateado fuselaje, donde el distante sol se refractaba de un modo apagado, y un hombre, equipado también con traje de vacío, asomó al exterior, haciéndole señas.

Entonces Kheta se impulsó hacia el otro vehículo, apoyándose con los pies en el suyo. El suave impulso sirvió para hacerla llegar a la otra nave. El hombre, cuyo rostro no se veía bien a través de la visera protectora, le tendió la mano. Así, Kheta pudo entrar en una reducida cabina, donde apenas cabían ella y el hombre, quien cerraba ya la compuerta exterior, lo que hizo encenderse una luz roja.

Kheta miró entonces al hombre que la había salvado del apuro. Vio sus ojos descoloridos por la luz roja, y vio la sonrisa extraña de sus labios.

Por vez primera sintió una extraña aprensión. No le gustó la cara de aquel sujeto. Para tranquilizarse, empezó a desprenderse el casco, a fin de poder hablar. Cerró la batería de oxígeno y se abrió la cremallera.

Al mismo tiempo, se abría también la compuerta que daba al interior de la nave plateada. Una voz ronca llegó a sus oídos, preguntando:

—¿Listo, Brokk?

—Sí, Zegry... ¡Ya tenemos a la palomita a bordo! A esto se llama tener suerte, ¿no te parece?

—Sí, suerte... ¡Je, je!

Kheta se volvió a la puerta que se abría. Se sintió empujada hacia ella, sin mucho miramiento. El hombre del ropón negro que había delante de ella no esperó a que hubiese cruzado el umbral, para atenazarla por la cintura, diciendo:

—Vamos, nena. Quítate esa ropa... ¡Déjame que te vea bien!

—¿Qué haces, insensato? —gritó ella.

Otros dos hombres se acercaron. Uno llevaba el pecho desnudo y mostraba la huella de una vieja herida, cicatrizada con un termocauterio en malas condiciones. Tenía un rostro innoble y llevaba barba de varios días.

El otro era más joven, mejor parecido... ¡Pero sus ojos despedían destellos criminales!

Al mirar en derredor, a los cuatro hombres, Kheta comprendió que se encontraba en un tremendo apuro. ¡Y ni siquiera llevaba un arma para defenderse!

—Reconoce, Julwo, que la hija del «Magister» de Veilak es una guapa chica... ¡Ven conmigo, cariño!

—¡Quieto, Chible! Nada de eso. Aquí soy yo quien manda.
—¿Tú, Brokk? —pareció mofarse el llamado Chible.
—Sí, yo... ¡Y será mía antes que vuestra!... ¡O bien os mato a todos!

V

—Te daré lo que quieras, Tromo —exclamó Thokk —. Aquí no tengo dinero, pero cuento con amigos que me lo darán si se lo pido.

—No, Thokk. No puedo hacer eso... ¡No insistas!

—Nadie te acusará de nada. Puedes alegar una distracción, un descuido. Di que te sorprendí... ¡Te daré diez mil «úreos», Tromo! ¿Sabes lo que representa esa cantidad?

—Mucho dinero, sin duda. Más de lo que me dará el «Magister» en toda mi vida. Pero soy un agente judicial y me procesarían. ¡No puede ser, Thokk; de verdad que no puede ser!

—Soy inocente, Tromo. Te lo juro. Lo sabe el «Magister» y todo Veilak, incluyéndote a ti. ¿Por qué robaron el «ojo estelar» de mi padre, si no? Para que no pudiera probar mi inocencia. Quieren culparme y condenarme.

»Mi mujer se ha ido hoy a Noaraby, a correr un gran riesgo. Temo por su vida, Tromo. Debes comprenderme... ¡Y yo estoy aquí, entre estas paredes metálicas, imposibilitado de hacer nada!

—Es la ley, Thokk. Si el «Magister» pudiera soltarte, lo habría hecho. Yo también, te lo aseguro.

—Pero tú no tienes la responsabilidad del «Magister». Por Met, Tromo, olvídate de tu deber y presiona la palanca que abre esta maldita puerta. Yo me cuidaré de lo demás y nunca te arrepentirás de haber hecho una buena acción.

Detrás del pequeño recuadro, por donde daba los alimentos al detenido, el redondo semblante de Tromo parecía crispado por tremendas dudas. Bizqueaba, sudaba y se mordía los labios. Era la imagen pura de la indecisión. Quería favorecer al detenido, porque en su fuero interno estaba persuadido de su inocencia. Pero ¿y su cargo? ¿Y el juramento que había hecho?

Por otro lado, Thokk le había prometido diez mil «úreos»... ¡Y ésta era una cantidad exorbitante!

—No puedo, Thokk... Te juro que no puedo... ¡Déjame ya!

—¡No cierres! ¡Me aterra esta soledad y este silencio!... Escucha, Tromo; mañana, seguramente, terminará el juicio. El «Magister» me ha dicho que no tiene más remedio que autorizar mi extradición. Seré conducido a la estación sideral más próxima y metido en una nave oficial, que me llevará a Noaraby. Allí me harán una parodia de juicio y acto seguido me electrocutarán en presencia de miles de personas. ¡La injusticia se habrá cumplido!

»Luego, dentro de algún tiempo, mi padre habrá construido otro «ojo estelar». Él querrá saber lo ocurrido. Y averiguará la verdad, presentando las pruebas ante la ley. ¿Qué sucederá entonces? ¿Quieres que te lo diga? Estoy seguro que la Cámara de Dominio, indignada, destituirá al «Magister». ¡Eso ocurrirá así como te lo digo! ¡Posiblemente habrá una reclamación oficial muy enérgica al «Magister» de Noaraby, pidiendo la extradición del verdadero

culpable!

»En Noaraby, seguramente, se negarán a entregar al culpable. Y eso creará un conflicto que puede desembocar en una sangrienta contienda entre mundos.

»Por otro lado, ¿sabes lo que será de ti y de tus compañeros? ¡Seréis todos destituidos! El nuevo «Magister» no querrá ineptos como vosotros a su alrededor, y estará en su derecho, porque os achacará las culpas del fracaso del actual «Magister».

»Y te quedarás sin trabajo y deberás recurrir al registro de desempleo.

»Piensa en la diferencia que hay entre poseer diez mil «úreos» inmediatamente, para afrontar cualquier situación que pueda sobrevenir, y el estar expulsado de tu cargo... ¿No crees que va a suceder eso, Tromo?

—¿Tú lo crees así? —preguntó Tromo, jadeante.

—Estoy seguro. Y te diré más. Si se declara la guerra entre Veilak y Noaraby, vosotros, los registrados en el censo de desempleo, seréis los primeros en ser movilizados, por la miserable cantidad de tres «úreos» al día, y doscientos de indemnización en caso de muerte, siempre y cuando seáis los triunfadores, que, si sois los vencidos, se incautarán de vuestras propiedades para pagar el canon de guerra.

—¿Cómo..., cómo sabes tantas cosas, Thokk?

—Aunque no lo creas, estudié para economista político. Yo podía ser un respetado miembro del Senado. Pero desperdicié mi vida contrayendo matrimonios que no me han servido de nada.

»Y, por grotesca paradoja, ahora que encuentro una mujer digna de mí, estoy a punto de perderla.

—¡Pues por mi, no la perderás, Thokk! ¡Kheta Asklepia es la hija de mi querido «Magister» y no toleraré que esos malditos de Noaraby le hagan el menor daño! ¡Voy a dejarte escapar, Thokk!

—¡Muy bien hecho, Tromo! ¡Estoy seguro de que te inspiran los sagrados lemas de Ikran!

El rostro de Tromo desapareció del pequeño rectángulo. Un instante después, habiendo accionado un resorte electrónico, el recuadro empezó a agigantarse, hasta convertirse en la puerta cuadrada por la que entraba y salía el detenido cada vez que debía comparecer ante el «Magister».

Fuera, examinando una pantalla de control, Tromo manifestó:

—Ya estás libre, Thokk. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Salir de aquí y dirigirme a la estación sideral del circuito segundo. Allí tengo una amiga, en el servicio de vuelos espaciales, que me facilitará un aeromóvil.

—¿Cuándo vas a pagarme?

—¿Quieres cobrar ahora mismo? ¿No sería mejor esperar a mi vuelta?

—No, el trato es el trato. ¿Y si no vuelves?

—Bien, Tromo. Tendrás que venir conmigo a casa de un amigo.

—¿Y dejar sola la prisión? ¡Oh, Thokk, presiento que me he precipitado!... Está bien, iré contigo. Podemos tomar un aeromóvil oficial para

ir más aprisa. Mi relevo no vendrá hasta dentro de tres horas. Ven por aquí.

* * *

Thokk ya no tenía amigos que le pudieran prestar diez mil «úreos», y él lo sabía. Estaba demasiado desprestigiado ante sus semejantes, dada su existencia frívola y licenciosa.

Pero sus argumentos habían logrado convencer al hombre sencillo que había en Tromo. Y ahora, con harto sentimiento, no iba a tener más remedio que librarse del agente judicial con un procedimiento poco digno.

El hombre afecto de egofobia — reconocida por sí mismo— se veía precisado a continuar siendo falso. Pero había decidido enmendarse, y, si salía bien del trance, rectificaría plenamente de conducta. Y Tromo sería recompensado.

De momento, nada más salir al exterior, el puño de Thokk cayó con fuerza sobre la nuca de su libertador, haciéndole tambalearse. Fue preciso golpear de nuevo, con mayor brío, para abatir al agente. Y esto lo hizo Thokk con harto sentimiento.

—Perdona, Tromo. Te juro que te recompensaré..., ¡si vuelvo con vida! Ahora, adiós, y gracias.

Huyó, amparado por la oscuridad, refugiándose en los matorrales de los jardines y en los portales de las casas, hasta llegar al aparcamiento de vehículos oficiales, destinados al servicio del «Magister».

Introducirse en uno y ponerlo en marcha fue cosa fácil para Thokk. Un instante después, en pleno vuelo, sobre la silenciosa megápoli, llamaba a la estación sideral del circuito segundo, preguntando:

—¿Está de servicio la señorita Feda?

—Sí —le contestaron—. ¿Quién le llama?

—Un amigo. Deseo darle una sorpresa. Puede darle un recado, ¿verdad?

—Se lo daré con mucho gusto. ¿De qué se trata?

—Dígale que Un amigo irá a verla al vestíbulo doce, dentro de unos minutos. Ruéguele que acuda sola.

—Está bien. Le daré el recado.

La sorpresa de Feda, seis minutos exactamente después, no fue fingida. Al ver a Thokk salir del aeromóvil oficial, emitió un grito y retrocedió unos pasos. Por fortuna, aquel vestíbulo estaba desierto a tales horas y nadie se fijó en el recién llegado, que dijo:

—Calma, Feda. Necesito tu ayuda para trasladarme a Noaraby a demostrar mi inocencia.

—¡Thokk! Pero... ¿Te has escapado?

—No, querida. Me han dejado ir. Es algo difícil de explicar. Pero te necesito. Mi vida depende dé ti.

Feda era una muchacha alta, bien proporcionada y de atuendo moderno y ajustado, para realzar su copioso busto y la delgadez de su cintura. Parecía asustada, pero pronto se rehízo y hasta llegó a sonreír.

—Sé que eres inocente, Thokk. Lo he dicho por ahí a todo el que ha querido escucharme. Pero... ¿qué puedo hacer por ti?

—Tienes que proporcionarme una astronave.

—Eso no puede ser. ¿Cómo voy a...? ¡Imposible! ¡Sería detenida inmediatamente!

—He pensado en las naves militares de la reserva. Si tú me ayudas podría tomar una sin que nadie se entere.

—¿Y los encargados de su custodia?

—¿Acaso cuentan las naves cada día?

—No lo sé. Pero notarán a faltar una, tarde o temprano — se defendió Feda.

—Por temprano que sea, ya habré tenido tiempo de ir a Noaraby y volver.

Feda pareció dudar, frotándose la mandíbula. Luego dijo:

—Siempre he deseado casarme contigo, Thokk. Durante el juicio he visto a tu actual esposa, la hija del «Magister»... Dime una cosa. ¿Vas a separarte de ella pronto?

El egófobo sintió formársele un nudo opresivo en la garganta. El pasado volvía. No era posible librarse de él. Feda estaba proponiéndole un nuevo matrimonio. ¿Qué hacer? ¿Mentir como hizo con Tromo, para conseguir la ayuda de Feda? ¿Ser sincero y renunciar a la ayuda que el despecho le negaría?

Thokk tenía demasiado arraigada en su mente la mentira y la falsedad. Pese a su promesa de cambio, continuaba viéndose arrastrado por la felonía.

Se acercó a Feda y la sujetó por los brazos.

—¿Qué quieres que te diga, Feda?

—Dime la verdad... ¿Te separarás de tu actual mujer y te casarás conmigo?

—Sí, Feda. Haré lo que tú quieras.

Ella sonrió.

—Bésame, Thokk.

Él la besó. Era una pequeña concesión. Necesitaba ayuda y sólo tenía aquel modo de conseguirla.

—Gracias, Thokk. Aunque no cumplas tu promesa, te ayudaré... Tienes que ir al depósito militar número 24 C. No hay nadie vigilando. Salta el muro y penetra en su interior. Elije una nave del centro. Están todas preparadas. Sólo tienes que introducirte en su cabina y accionar sus mandos, despegando suavemente en sentido horizontal, para no hacer ruido.

»Has de despegar dentro del tiempo comprendido en una hora y cinco horas, ya que estaré supliendo a la operadora de salidas espaciales. Nadie, por tanto, se apercibirá de tu salida. ¿Has comprendido?

—Sí, preciosa. Te estoy muy reconocido. Me llevaré el aeromóvil del «Magister» para utilizarlo en Noaraby. Me hará falta.

—¿Qué piensas hacer allí, Thokk?—Veré a Eda Likwa y la obligaré a confesar que fue ella la que asesinó a su esposo para quedar libre, echándome

la culpa a mí. ¡Pero su plan ha fracasado, ya lo verás!

* * *

La huida de Thokk Karven estuvo acompañada por la suerte en todas sus operaciones. Supo evadirse de su encierro y tuvo éxito en conseguir una astronave para dirigirse a Noaraby.

Ya en el espacio, pilotando una nave de guerra, de manejo simple, como el de un aeromóvil, se reclinó en su asiento y recapacitó detenidamente sobre cuantos antecedentes poseía de sí mismo.

Se había casado con Kheta Asklepia, encontrándose, de pronto, enamorado de ella. La muchacha, por su parte, había cambiado también, ante la adversa situación en que se encontraba su esposo.

Esto era alentador en grado sumo.

Thokk podía despreciarse a sí mismo, sentir asco, náuseas, pero se congratulaba de que, al fin, aunque él no lo hubiese buscado, encontrase una mujer merecedora de todos los elogios.

Kheta era enérgica y valiente. Había hablado ante el «Magister» en un tono impresionante. Luego, en privado, le dijo que mientras él la necesitase, no le abandonaría, luchando contra todos, si era preciso, por salvarle.

Después pensó en Uhto Somoz, a quien dedicó unos segundos solamente, al objeto de admitir que estaba mejor muerto que vivo. Su muerte era una ventaja para su viuda, la cual pasaba a disponer de las riquezas del difunto.

Eda Likwa era ambiciosa, capaz de todo con tal de conseguir su capricho. Demostró claramente que Thokk le fascinaba — ¡él se había dado cuenta inmediata de esto, y, quizá, para librarse del enojo de la infiel o de la furia de su marido, se casó con Kheta Asklepia un tanto precipitadamente! —; era obstinada, no mal parecida y una enemiga peligrosa.

¿Cómo acercarse a Eda? ¿Qué decirle?

Thokk dedicó a esta cuestión buena parte del viaje entre Veilak y Noaraby. Al final, después de obsesionarse con la idea, hubo de desistir. No podía decidir nada. Pero se dijo que, una vez en Noaraby, subrepticiamente, para evitar los esbirros del «Magister», llamaría a Eda y le hablaría. Era lo más conveniente. Sin correr riesgos, podría averiguar cuál era la actitud de Eda Likwa.

Porque la mayor duda, la más sobrecogedora que le asaltaba ¡era la de que, tal vez, Eda Likwa fuese inocente! Y si esto era así, ¿qué podía hacer él?

El viaje transcurrió sin incidentes. Thokk era un experto navegante sideral, por haber efectuado largos viajes de placer, acompañado o en solitario, y hasta había llegado al lejano Trekmool, un mundo deshabitado y redondo, donde la vegetación era de coloración verdosa y donde el agua pura y cristalina corría mansa por los surcos de la tierra blanda y aromática.

Trekmool, un paraíso para él y Kheta.

Ya no sentía egofobia de su existencia anterior. Se compadecía. Había sido un insensato. Met, empero, le había hecho abrir los ojos. Y, si llegaba a

ser libre, ofrendaría algo valioso a la deidad de los justos.

Met había sido un antiguo rey que veló extremadamente por sus súbditos, prometiéndoles, antes de morir, que seguiría velando por ellos después de muerto. Y el progreso no había abandonado nunca a los descendientes de aquellos servidores del Rey Met.

Thokk se cuidó de aterrizar lejos de la ciudad de Noaraby, en los tórridos desiertos pardos. Era ya día nuevo y la luz se extendía por toda la superficie discoidal del planeta, perdiéndose el pardo paisaje en el infinito.

De la cabina de la nave de guerra, Thokk sacó el aeromóvil sustraído al «Magister» de Veilak. No llevaba distintivo alguno y podía confundirse perfectamente con los muchos aeromóviles que surcaban el aire de Noaraby, hacia cuya ciudad se dirigió a los pocos minutos de haber ocultado su gran nave entre unos árboles de siniestra coloración, entre violeta y parda.

En la gran pista de entrada a la población, Thokk descendió hacia un aparcamiento público, en donde podían tomarse alimentos y refrescos artificiales. Cerca había un jardín infantil y en una plazoleta existía un grupo de cabinas de comunicaciones.

En una de éstas, procurando no ser visto, penetró Thokk, para examinar el tablero de señales y localizarla residencia de Eda Likwa, establecida desde hacía poco en el Nuevo Palacio Somoz. Tomó la clave del circuito de llamada y presionó el pulsador, después de haber introducido una moneda en la ranura.

La pantalla se iluminó de pronto, apareciendo el rostro de un sirviente, que no demostró haber reconocido a Thokk.

—¿Qué desea el señor?

—Quiero hablar con Eda Likwa.

—Está en el baño. Ahora no puede acudir.

—Pues dile que es urgente. Soy Thokk Karven.

—¿Thokk Karven?... ¡Oh, por los sagrados lemas de Ikran! Pero...

—¡Haz lo que te digo, estúpido! ¡He hecho un largo viaje para hablar con Eda Likwa y no puedo perder el tiempo!

—Sí, sí, aguarde usted.

La pantalla osciló, surgiendo la banda iridisada de la retención de línea, al cambiar de un visófono a otros, dentro de un mismo número.

Thokk no estaba dispuesto a dejarse atrapar en aquella cabina, ni mucho menos permitir que Eda Likwa pudiera retener la línea seis o siete minutos, y avisar al «Magister» de que un reclamado legal y evadido de Veilak se encontraba en Noaraby.

Se había dicho que sólo esperaría cinco minutos.

Por suerte, la banda iridisada sólo estuvo unos segundos. Luego apareció el rostro de Eda Likwa, cubierto de espuma aromática, cuyos ojos estriados en verde y rojo le miraban desorbitadamente abiertos.

—¡Thokk! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has venido? ¿Dónde estás?

—Deseo hablar contigo, Eda... ¡En privado!

—Ven a mi palacio.

—No haré tal cosa. Óyeme bien, Eda. Tú eres quien me has acusado. Tú puedes salvarme, si retiras tu declaración. Puedes hacerlo.

En la pantalla, el semblante agraciado de Eda Likwa se distendió en una desdeñosa sonrisa.

—¿Crees que hubiese dejado que te condenaran, Thokk? ¡Qué niño eres! No pienses eso de mí. Te habría defendido con todos mis recursos. Soy la mujer más acaudalada de Noaraby, la más temida y más respetada. Si dije eso contra ti, fue para hacerte venir... ¡Anda, Thokk, no seas necio! Las puertas de mi palacio están abiertas para ti. Ven a mi lado y compartirás mi riqueza. La mitad de lo que tengo es tuyo.

—¡No lo quiero, Eda! ¡Quiero demostrar mi inocencia!—Yo la demostraré por ti. Te doy mi palabra de honor... ¡Te quiero, Thokk, y tú lo sabes! No quiero a nadie más que a ti. ¡Muero pensando constantemente en ti!

—¿Y mataste a tu esposo para hacerme tuyo?

—No hables de eso, Thokk. Yo no maté a Uhto. Se mató él solo, estoy segura. Pero me interesaba decir que fuiste tú el último que le vio, para que te trajeran aquí. Yo quería salvarte. ¡Y lo haré, Thokk!

»Sé que estás en apuros...

—¡Basta, Eda; no puedo continuar aquí! Ya te llamaré más tarde, desde otro lugar.

—Quiero verte, Thokk.

Él cerró la comunicación, sin escuchar estas últimas palabras de ella. Le ardían las sienes y estaba furioso. No había conseguido averiguar más que una cosa: ¡que Eda continuaba loca por él, igual que la última vez que la vio!

Pero eso no solucionaba nada. Necesitaba que Eda confesara su culpa, para verse libre de la persecución de la justicia. Y ella no parecía dispuesta a confesar.

Nada más salir de la cabina del visófono, Thokk subió al aeromóvil y despegó, remontándose por encima de la población, para buscar otra cabina desde la cual conversar otros cinco minutos con Eda Likwa.

Pero el destino le volvió la espalda al segundo intento. No había hecho más que llamar al Nuevo Palacio Somoz, cuando ocurrió algo insólito. Oyó un chasquido en la cabina y la puerta quedó bloqueada por un teledispositivo automático.

En la pantalla apareció el rostro de Eda, que le dijo:

—Lo siento, Thokk. He avisado al «Magister»... No podrás salir de esa cabina hasta que los agentes judiciales vengan a sacarte... Ahora tendrás que hablar conmigo, ¡quieras o no!

VI

Anticipándose a los acontecimientos, Brokk se había provisto de un arma, que ahora empuñó con mano firme, encañonando a sus tres compañeros, mientras decía en tono siniestro y amenazador:

—Aquí el que manda soy yo... ¡No lo olvidéis! ¿Quién os reunió para este negocio? ¿Quién ha dirigido la operación desde un principio?

—¡Vamos, vamos, Brokk! —exclamó Zegry—, Nadie te discute eso. Pero esta preciosidad ha sido encontrada por los cuatro. ¿Por qué no aprovechar la ocasión?

—¡No! Vosotros sois idiotas, ¡eso es lo que sois! Esta mujer es la esposa de Thokk Karven y la hija del «Magister» Asklepia.

—¿Y qué nos importa? —bramó Julwo, dando un paso hacia Kheta, pero conteniéndose al ver el arma de Brokk apuntarle al rostro.

—¡Quieto ahí y escucharme! Tenéis serrín en la cabeza y no sois capaces de pensar con sentido común. De momento, nadie hará el menor daño a esta mujer... ¡Nadie! ¿Me habéis entendido?

—¿Por qué? —quiso saber Chible.

—Porque mujeres como ésta hay muchas. En cambio, sabiendo manejar este negocio podemos conseguir mucho más dinero del que nos han ofrecido.

—No te entiendo. ¿Pretendes sacar dinero de ella? —quiso saber Zegry.

—Sí. — Brokk se había quitado el casco y sonreía de un modo demoníaco —. Esta hembra vale en «úreos» tanto como pesa. Y os diré por qué.

—¿Por qué? —repitió Julwo, como un eco.

—Hagamos un poco de historia. La influyente persona que me contrató en Noaraby para liquidar a Thokk Karven y a su última mujer es ahora la que puede llenar nuestros bolsillos hasta hacérnoslos reventar.

—Fue un bonito negocio — arguyó Zegry, sonriendo.

—Cierto. Porque quinientos «úreos» para liquidar a la pareja, y luego mil, para no liquidarla, es un saneado negocio.

—¡Que estuvo a punto de costamos el cuello! —añadió Zegry, fingiendo un estremecimiento.

—¡Bah! Arreglé el asunto y demostré tener más talento que vosotros. El pez gordo pasó a mejor vida, siguiendo la harpía mis consejos, y volvimos a percibir otros dos mil «úreos». En total, querido Zegry, al iniciarse el «negocio», cobramos tres mil quinientos «rábanos» y no fue preciso mover ni un dedo. ¿Verdad?

—¿Verdad?... Claro que es verdad. El mejor negocio de mi vida, aunque yo sólo recibí mil y tú te quedaste con el resto.

—Yo soy el jefe —declaró Brokk, secamente—. Yo establecí las relaciones y yo fui quien dijo cómo y cuándo se debían hacer las cosas. ¿Tenéis alguna queja de mí?

—No, no, evidentemente. Pero no sé dónde quieres ir a parar.

—Pretendo hacer historia, a fin de meter en vuestras vacías seseras la comprensión que necesitáis para ver dónde quiero ir a parar. Luego aquella bruja encaprichada volvió a llamarnos y dijo que debíamos ir a Veilak y llevarnos al fantoche. Por el secuestro recibiríamos diez mil «úreos», pero necesitábamos más ayuda. Por eso os contraté a vosotros dos.

»Así formado el grupo, fuimos a Veilak donde Thokk Karven estaba dispuesto a largarse a Trekmool, con su reciente esposa, a la cual tenemos la dicha de haber encontrado ahora. No iba a ser, por tanto, difícil, hacerse con el tipo y llevarlo a Noaraby.

«Ahora bien. ¿Qué ocurrió? La insensata patrona temió que fracasáramos y actuó por su cuenta, tal vez mal aconsejada, denunciando a Thokk como autor de la muerte del esmirriado esposo. No estaba mal pensado, porque el «Magister» enviaría a nuestro hombre a Noaraby.

«Entonces la viuda de Somoz nos avisó que estuviésemos a la expectativa, por si acaso la ley en Veilak no era lo justa que debía ser. Si Thokk Karven era declarado inocente, debíamos realizar la primera parte del plan.

—¡Lo cual demuestra que Eda Likwa tampoco tiene seso! — exclamó Zegry.

Brokk, furioso, efectuó un disparo «traumático» contra el que había hablado, haciéndole brincar de dolor y caer al suelo, revolcándose.

—No aprenderás nunca a callar y no mencionar nombres —rugió Brokk.

—Pero si has sido tú quien ha mencionado antes a la viuda de Somoz — reprochó Julwo.

—Yo puedo decir lo que me dé la gana; vosotros, no. ¡Ayudad a Zegry!... Es sólo un «shock».

Chible y Julwo levantaron al aturdido Zegry, sentándolo en un asiento giratorio. Luego se volvieron a Brokk.

Durante todo el tiempo, Kheta había permanecido silenciosa, apartada de los cuatro sujetos y recostada contra el mamparo, entornados los ojos y buscando un modo de escapar de la trampa en que había caído.

Zegry, efectivamente, se repuso pronto de la conmoción provocada por el benigno disparo. Brokk, empero, le dijo:

—¡Y, si te obstinas en no obedecerme, la próxima vez te desintegraré la testa, becerro! Es norma entre nosotros no decir nunca nombres de nadie.

—Yo sabía que Eda Likwa es la que está detrás de todo esto — dijo Kheta, firmemente.

—¡Pues olvídalo, preciosa! —exclamó Brokk, secamente—. ¡O haré que lo olvides!

Kheta miró a Brokk con odio inconmensurable. Él, empero, sonrió desdeñosamente.

—¿Ibas a verla para que declarase a favor de tu adorado esposo, nena? — preguntó.

—Sí. Quiero salvar a Thokk... ¡Le amo con toda mi alma!

—¡Qué romántico! —se mofó Brokk, para añadir, en tono de engreimiento —: Estaba seguro. Las cosas se han puesto difíciles después de lo que hicieron en el Instituto Astronómico cuatro desalmados sin escrúpulos. Thokk Karven será condenado y enviado a Noaraby, estoy seguro.

—¿Fuisteis vosotros los que hicisteis aquel crimen en el Instituto? —preguntó Kheta, aterrada.

—¿Nosotros? —exclamó Brokk, fingiendo cómica inocencia—. ¡Qué tontería! ¿Qué se nos había perdido allí?

—¡El «ojo estelar» del doctor Karven!

—¡Bah, esa máquina no sirve para nada! Nadie podría leer el pensamiento de otro con ella. Se dijo para tomarnos el pelo.

Brokk se burlaba sin contemplaciones, adoptando un aire insolente, como de estar de regreso de lo bueno y lo malo.

—¿Por qué te apartas del tema que tratabas? —preguntó Julwo—. Aún no has explicado para qué puede servirnos esta mujer.

—Sí, te lo diré, Julwo. Esta mujer, bien tratada y con respeto, será un chorro de dinero para todos nosotros. En primer lugar, su padre pagaría todo lo que tiene por que se la devolvamos. Ese aspecto del negocio, es interesante. Pero hay otro mejor. Esgrimiendo a esta mujer, podemos hacer que la otra nos de mucho más que su padre.

»Esto es lo que yo llamo un filón. Os explicaré el plan de nuestra benefactora. Quiere que la justicia deporte a Thokk Karven a Noaraby, donde le piensa poner entre ella y la muerte.

»Esto es obvio y elemental. Todo lo ha hecho porque está chiflada por él. Y llegará un momento en que Thokk Karven habrá de decidir entre morir o irse al «piélago» nupcial que le ofrecen, recamado en oro y pedrerías.

»Eso será así, como os lo cuento, o dejo de ser quien soy. El tipo no tiene madera de héroe y aceptará la vida como un regalo. Pero, entonces, surgirá el inconveniente.

»Hay un impedimento legal que impide casarse a la pareja.—¿Cuál? —preguntó Chible, que había seguido con interés el hilo del planteamiento de Brokk.

—Que Thokk Karven está casado con esta guapa. ¿Veis claro?

—¿Y qué le puede importar a E... a ella? Una vez tenga al pollo de sus sueños, a ésta que la parta un rayo.

—¡Ah, no, nada de eso! Podría comprar al registrador oficial y taparle la boca con dinero. Pero nuestra invitada posee una cartilla de matrimonio. Sería horrible acusar a nuestra protectora de matrimonio ilegal. Además que no creo que se atreviera a cometer tal error.

»Los triunfos de este juego los tenemos nosotros aquí, con Kheta Asklepia, por la que nos pagarán su padre y nuestra protectora.

—¡Pues yo no había pensado en todo eso! —exclamó Julwo—. He de admitir que tienes talento.

—¿Cuánto podemos obtener por la chica?

—No lo sé aún. Pero la verdad es que vale más de lo que aparenta. ¡La bruja puede darnos muchos «úreos» por ella! Pensad en que esta muchacha no es más que un instrumento. El dinero nos lo ha de dar la otra... ¡Y como está cubierta de cieno hasta el cuello, por todo cuanto ha hecho y dicho, lo mejor será hacer con ella algo sensacional!

—¿Por ejemplo? —inquirió Julwo.

—Un millón de «úreos» —terminó Brokk.

—¡Un mi...! ¡Demonios! ¿Hay tanto dinero en Noaraby?

* * *

Era probable que sí. En los pocos días que llevaba en poder de la fortuna de su difunto marido, Eda Likwa se había enterado de la cuantiosa riqueza que poseía.

No habían sido fábulas lo que se contó de Uhto Somoz: ¡era, indiscutiblemente, el hombre más rico de Noaraby!

Eda Likwa supo que la principal compañía de navegación espacial de Noaraby le pertenecía, así como infinidad de factorías de alimentación, espectáculos y vestuarios. Regentaba, asimismo, más de la mitad de las propiedades inmobiliarias de la enorme población que era Noaraby.

Y, además, percibía, por medio de contratos privados, la mitad del sueldo de todos los senadores del gobierno, a los que Uhto Somoz apoyó en su candidatura a cambio de favores y dinero.

Uhto Somoz había sido más rico que el estado, tuvo más fuerza y poder que el estado y fue, sin duda alguna, ¡el propio estado! ¡Su único error, desde luego, consistió en no darse cuenta de que, pese a tanta fuerza y poder, la muerte le dejaba completamente en la pobreza!

Y no le sirvió de nada la fuerte escolta que siempre le rodeaba, como un pequeño ejército. Murió asesinado en su propio palacio y a manos de la persona que debía estarle más agradecida que nadie: su mujer.

Ahora, todo el poder de Uhto Somoz había pasado a manos de Eda Likwa. Nadie se lo podía negar, porque poseía documentos secretos comprometedores de los más importantes cargos públicos y privados de Noaraby.

¡Falaz mundo aquel!

Y precisamente, mujer tan fuerte como Eda Likwa, no podía conseguir al hombre que tanto amaba.

Ahora le tenía en su poder. Thokk cometió la imprudencia de llamarla dos veces seguidas, desde distintas cabinas telefónicas. En la primera no hubo tiempo de actuar.

Pero a la segunda vez que llamó Thokk, los agentes del «Magister» ya estaban advertidos y emplearon un procedimiento que muy poca gente conocía. ¡El bloqueo a distancia de una cabina pública de comunicaciones!

Atrapado de tal forma, Thokk no pudo evitar su captura. Un cordón de agentes judiciales rodeaba la cabina cuando fue abierta la puerta desde el

exterior. Se le maniató con anillas de acero y se le condujo a un aeromóvil oficial, para ser trasladado, inmediatamente, al Nuevo Palacio Somoz, por petición de la «omnipotente» Eda Likwa.

El propio «Magister» de Noaraby estaba presente cuando el detenido fue llevado a presencia de Eda, en uno de los salones más suntuosos del valiosísimo palacio.

— Ahí le tienes, señora —dijo el «Magister», satisfecho. .

Era un hombre alto y bien vestido, con la banda de su rango, armado siempre, y cuyo rostro denotaba, sin lugar a dudas, que era un perfecto sinvergüenza, pese a su honorable cargo. Él también pagaba a Eda Likwa la mitad de su sueldo, pero se resarcía cometiendo ilegalidades a diestro y siniestro, y percibiendo por ello cantidades muy superiores a las que estaba obligado a pagar por ostentar su cargo.

De toda aquella serie de vejámenes, expolios, extorsiones, robos y estafas, el sufrido pueblo de Noaraby era el único que pagaba las consecuencias. La miseria se extendía como una plaga bíblica entre empleados y trabajadores, y sólo los jerarcas de la Cámara de Dominio y sus lacayos podían vivir con lujo exorbitante, mientras que el hambre y la desesperación anidaban en el pueblo.

Thokk Karven sabía todo esto. Antes, nunca se preocupó de ello, inmerso en su vida fácil y frívola. Ahora, que había sido capturado y puesto a los pies de Eda Likwa, comprendió perfectamente la corrupción que reinaba en aquel mundo hostil y lleno de lacras.

—¿Qué quieres de mí, Eda Likwa? —preguntó Thokk, al ver a la reina de Noaraby, o tal parecía, erguida ante él, ataviada con lujosos vestidos y cubierta por una corona que destacaba espectacularmente su afeitada cabeza.

—Quiero ayudarte, Thokk Karven... Y en verdad que necesitas mi ayuda. Parece ser que te has fugado de Veilak, agrediendo a un agente judicial. Eso es suficiente para deportarte, cargado de cadenas. Pero como estabas siendo juzgado para ser enviado aquí, vamos a simplificar los trámites.

»Eres un fugado y, por lo tanto, tenemos derecho a juzgarte. Según los convenios extranacionales...

—¿Quién es el «Magister», señora, tú o él? —preguntó Thokk, volviéndose a mirar al aludido, que sonrió desdeñoso, sin hablar.

—Él, sin duda — contestó Eda—. Pero yo soy la viuda afligida que llora la muerte del esposo al que tú mataste.

—¡Déjate de farsas; ya está bien! Dile a este lacayo tuyo quién mató a Uhto Somoz. ¡Dile la verdad!

—Tú le mataste, Thokk Karven —afirmó la pérfida, sin inmutarse—. Sin embargo, mis consejeros legales me han informado de una antigua ley, todavía en vigor, por la que el hombre que mata a otro en defensa propia no es castigado, si se aviene a cuidar de la viuda.

Thokk no pudo contener la carcajada, exclamando:

—¡Eso sería en tiempos de los trogloditas!

—«Magister», por favor, déjanos solos. Llévate a tus hombres y esperad

todos en la antesala. Deseo hablar en privado con el detenido.

—Sí, señora. Sea como tú mandas.

A un imperioso gesto del dignatario, los agentes judiciales salieron. En el suntuoso salón sólo quedó Thokk, tendido en el suelo, sujeto con las anillas de acero, de pies y manos, y levantando patéticamente la cabeza.

—Podría ordenar que te soltaran, Thokk — fue lo primero que dijo Eda, al quedar solos —. Pero desconfío de ti.

—En estas condiciones, pues, no tengo nada que decir. Puedes hacer conmigo lo que quieras.

Ella perdió su magistral actitud, dejándose caer de rodillas junto a él y sujetándole la cabeza entre sus manos. Le miró fijamente a los ojos y suplicó:

—¡Por ti, Thokk; todo lo he hecho por ti! ¡Te quiero con toda mi alma!

—Yo te desprecio —pareció escupir él—. No es así como has de conseguir mi cariño. El amor no se violenta, ni se roba, ni se maltrata ni humilla, como tú has hecho conmigo.

—Mi pasión por ti justifica mis actos, Thokk. ¡Perdóname, te lo ruego! ¡Seré una esclava para ti, te adoraré!

Él sacudió la cabeza.

—No, Eda. Admito que eres una mujer valiente y decidida... Reconozco también que eres bella e inteligente y que encontraría en ti lo que quizá no he encontrado con mis anteriores mujeres. Pero... es tarde ya.

—¡No, nunca es tarde! ¡Puedes renunciar a esa estúpida de Kheta Asklepia y casarte conmigo! ¿Sabes lo que poseo? ¡Lo tengo todo, Thokk; todo! Soy inmensamente rica y poderosa. Este enorme palacio es mío y también será tuyo. Sólo tienes que besarme y decirme que me quieres. Hazlo, Thokk.

—No.

Ella había acercado sus labios a los de él, ávida del beso que la sumiría en el éxtasis de la felicidad. Thokk, empero, ladeó el rostro, rehuyendo la caricia. Aquella mujer le daba el mismo asco que sentía por sí mismo.

—Por caridad, Thokk.

—¿La has tenido tú conmigo, acaso? ¿La has tenido con el infeliz Uhto Somoz? ¿Has sentido compasión de alguien?

—¡No me hables así! ¡No te lo permito!... Tú no eres mejor ni peor que yo.

—Eso no puedo decirlo, Eda — musitó él, tristemente—. Lo que sí puedo decirte es que ya no soy el que era antes. ¿Sabes lo que es egofobia?... Siento repugnancia de mí mismo. Aborrezco cuanto he hecho. Me avergüenzo de las bajezas que he cometido en mi vida y me he propuesto cambiar.

»Me casé con Kheta Asklepia sin amor, como siempre he hecho. Pero tú has hecho que recapacite. Tu torpeza me ha llevado a esa situación desesperada, viéndome acusado de un crimen que no había cometido.

»Entonces descubrí lo que valía Kheta, que había aparentado ser una mujer caprichosa y vulgar. Ignoro, si ella me quiere de verdad, como yo la

quiero. Pero el calor y la pasión que puso en mi defensa es algo que penetró muy dentro de mí, como una espada de fuego.

«Estuve encerrado en aquel calabozo de acero y allí tuve tiempo de pensar en mi vacía existencia. ¡Qué pobre, tonto y miserable he sido siempre! Me había dejado arrastrar por la necedad. Era famoso, la gente hablaba de mí y yo, engreído, creía ser un gran dios, poderoso y eterno.

«Gracias, Eda, pues por ti he podido encontrarme a mí mismo en el espantoso vacío de mi vida. Por ti he comprendido que la silenciosa y abnegada labor de mi padre, por ejemplo, encerrado siempre en su despacho, con sus cálculos, es mucho más importante que la falsa fama que yo poseía.

«También te doy las gracias porque mi mujer, sumergida como yo en la venialidad, ha abierto los ojos, viéndose tal y como es. La vida fácil no es aconsejable. Uno se pierde en ella, adormecido, matando sus sentimientos.

«Por eso, en la desgracia en qué nos has sumido, nuestros corazones han sabido vibrar, nos hemos comprendido... ¡Y del marasmo y la ceguera ha surgido la verdad diáfana y maravillosa de un destino nuevo!

—¡Estás loco, Thokk! No dices más que locuras y tonterías.

—Te equivocas, Eda. Digo la verdad. En esas locuras he encontrado la fuerza para luchar, para venir hasta aquí y luchar contigo a fin de arrancarte la verdad de mi inocencia.

—¿La verdad, estúpido? —exclamó Eda Likwa, poniéndose en pie y retrocediendo unos pasos —. ¿Qué verdad quieres saber? ¿Que yo maté al necio de Uhto? ¡Pues sí, yo lo hice! ¡Era un estorbo, una carga insidiosa y horrible que debía quitarme de encima!

»¡Yo le maté! Yo conecté la palanca de alto voltaje que le electrocutó. Ya lo sabes; yo lo hice. ¿Y de qué te va a servir eso?...

—Me servirá para hacer justicia y para que recibas el castigo que mereces.

La bestial carcajada de la mujer resonó como un trueno dentro del salón.

Al apagarse sus ecos maléficos y estremecedores, añadió, gritando:

—¡No hay en la superficie de este mundo nadie capaz de acusarme de nada! ¡Todos los habitantes de Noaraby son siervos míos! ¡Soy la mujer más poderosa del universo!

»Y, óyeme bien, engreído y necio, si no eres mío, no serás de nadie. ¿Me entiendes? Te entregaré al «Magister» y serás juzgado, para morir electrocutado en la silla de los culpables.

»Antes, te encerraré en una celda para que tengas tiempo de recapacitar... Pero, si te niegas a ser mi marido, morirás irremisiblemente. ¡Te lo aseguro, Thokk Karven!

»Te destruiré sin piedad.

—Puedes hacer lo que quieras — contestó Thokk, serenamente—. Mas nunca conseguirás doblegarme... ¡Me repugnas!

VII

La pérfida Eda Likwa poseía un suntuoso despacho, en el vestíbulo principal del majestuoso Palacio Nuevo, con más de cuatrocientos metros cuadrados de superficie. Allí se podían admirar portentosas manifestaciones de arte, pisar una inmensa alfombra verde o sentarse en cómodas butacas.

Grandes ventanas cubrían las paredes, por donde entraba la luz a raudales.

Sin embargo, su mesa de trabajo era pequeña, insignificante. Pero sobre ella tenía Eda el control absoluto de sus muchos negocios y contacto directo con cuantas personas quisiera ella dialogar.

En aquel momento, acodada sobre la mesa, Eda celebraba una entrevista con un indeseable visitante.

A veinte metros, y separados por una barrera invisible, que la protegía de cualquier imprevisto ataque, Eda tema al hombre llamado Brokk sentado en una butaca.

El rufián había solicitado audiencia y le había sido concedida.

— ¿Y bien, Brokk?

—Cumplí tu encargo, señora. La máquina fue destruida.

—¿Destruida? —preguntó Eda, entornando los ojos —. ¿Estás seguro?

Brokk sonrió maliciosamente.

—Digamos, mejor... Casi destruida.

—¿Qué quieres decir?

—Nos la llevamos. Se nos ocurrió pensar que, tratándose de una pequeña máquina, lo mejor era meterla en el aeromóvil y llevárnosla a lugar seguro. Así cumplíamos tu encargo y...

—¡Yo dije que se destruyera! — gritó Eda, furiosa—. ¿Dónde está el «ojo estelar» del doctor Karven?

Brokk no perdió la serenidad ante la aparente ira de Eda y dijo:

—Está en lugar seguro. El doctor Karven no podrá utilizarla contra ti. Pierde cuidado. Nos pareció un pecado destruir objeto tan valioso.

—¡Hablas un lenguaje peligroso, Brokk! —exclamó Eda—. ¡Y eso puede costarte muy caro!

—Soy un fiel servidor tuyo, señora. Me has pagado bien siempre y sé que seguirás haciéndolo en lo sucesivo. Por ello, hemos pensado que una vez cumplido el objetivo, podemos obtener buen beneficio por la máquina. Si a ti no te interesa poseerla, tal vez encontremos a otro que nos dé cien mil «úreos» por ella.

—Entiendo, Brokk. Te has asegurado... Has dicho «hemos pensado», ¿verdad?

—Sí, somos cuatro.

—Y luego me dirás que tus amigos están ocultos y dispuestos a declarar contra mí si no vuelves con ellos a una hora convenida, ¿no es así, Brokk?

—Ale maravilla tu clarividencia, señora, — Brokk sonrió cínicamente. —Eso es, exactamente, lo que hemos pensado. La verdad es que tú tienes muchísimo dinero y nosotros somos proverbialmente pobres, parias por así decir.

—Parias con talento. Bien, Brokk; exponme tu plan y dime el precio. Te escucharé.

—Eres muy amable, señora. Pues bien. Cien mil «úreos» por el «ojo estelar». ¿Convenido?

—Convenido. Me resulta un poco caro destruir esa máquina.

—Te advierto, sin embargo, que el doctor Karven intentará construir otra. Y eso es algo que debes tener en cuenta. Si su hijo es sacrificado, no parará hasta saber la verdad. Y como no dudo que sea capaz de leer el pensamiento de la gente, igual que puede leer las estrellas, es posible que provoque un conflicto internacional.

—Ya me ocuparé de esa cuestión a su debido tiempo. Quizás el doctor Karven no sea capaz de construir otro nuevo «ojo estelar». Ahora me preocupáis mucho más vosotros. Sigue hablando. Sé que tienes más cosas que decirme.

—¿Cómo lo sabes, señora?

—Es sencillo. Sabes que soy muy rica y quieres pellizcarme a tu antojo. Te figuras que me tienes bien agarrada.

Brokk sonrió.

—No, señora. Ese juego es peligroso, estando el «Magister» y sus agentes a tu servicio. Yo prefiero más servirte bien y que tú me pagues mejor.

»Hemos pensado que Thokk Karven será enviado aquí, a Noaraby.

—Pues has pensado mal. No lo enviarán... ¡Ya ha venido él por su propia cuenta! Y le tengo bien custodiado.

—¡Caramba! ¿Cómo ha sido...? ¡Claro que eso no cambia la situación!

—¿Qué situación? —preguntó Eda, intrigada.

—Tú le quieres, ¿verdad?

—¿Te importa eso, insensato?

—No, pero a ti sí, señora... Déjame continuar. ¿Qué estás dispuesta a darnos si te entregamos a Kheta Asklepia?

—¿Me vais a entregar a esa...? ¡Un momento, Brokk; empiezo a ver claro!

—Si esa mujer muere, Thokk Karven quedará libre y podrás casarte con él. Por eso nosotros...

—¡Alto, Brokk! ¿Dónde está Kheta Asklepia?

El rufián sonrió, con aire de tener dominada la situación.

—En alguna parte, con mis amigos, por supuesto.

—¡Tráela aquí inmediatamente.

—¡Ah, no, señora! Hemos estimado que esa mujer vale mucho más que la máquina.

—Os daré mucho más.

—¿Cuánto?

—¡Pon tú mismo el precio!

Brokk pareció vacilar unos instantes. Luego, soltó la cifra:

—Un millón.

—De acuerdo. Pero quiero aquí a esa mujer.

El malvado Brokk bizqueó. No esperaba tanta facilidad, pese a que un millón de «úreos» era una cantidad fabulosa. Por eso, con recelo, osó preguntar:

—¿La quieres viva o muerta, señora?

—¡Viva! ¡La quiero aquí cuanto antes!... Y tráeme también la máquina para destruirla.

—Sí, sí, mi señora. Pero hay una dificultad.

—¿Cuál? —inquirió Eda, enojada.

—El dinero. Hemos pensado en servirte bien. Pero, si te traemos a la muchacha, tal vez quieras ahorrarte el pago y silenciar al mismo tiempo nuestras bocas. Por eso...

—¿Quieres el pago por adelantado, granuja?

—¿No te parece bien?

—No. La verdad era que pensaba haceros matar a los cuatro —contestó Eda, sin inmutarse— sin entregaros ni un «úreo». Pero, pensándolo mejor, sois hombres útiles. Hagamos un pacto, Brokk. Como sabes, no tengo aquí tanto dinero.

—Podemos esperar que lo reúnas y nos lo entregues. No tenemos prisa.

—¡Yo sí tengo prisa! Oye, Brokk, vamos a jugar limpio. Yo también lo haré. Te prometo hacerte Senador de economía de Noaraby, y podrás manejar todo el dinero que quieras.

—Oh, pero yo... —Los ojos de Brokk bizquearon. Ni él mismo creía en lo que estaba oyendo, y, sin embargo, su instinto perverso le decía que Eda Likvva le estaba ofreciendo algo mucho más importante que un millón de «úreos». —¿De veras, señora?

—Aquí tengo algunos documentos comprometedores del actual senador técnico de economía. En confianza, tómalos y tráeme a esa mujer ahora mismo.

—Sí, sí... ¡La tendrás, señora; la tendrás!

Retirando el muro invisible que la protegía de cualquier ataque de sus visitantes Eda Likwa fue hasta Brokk y le entregó un sobre de fibra metálica, donde, grabado con pluma termostática, se leía el nombre del actual senador de economía.

—Con esto y mi ayuda, antes de una semana ocuparás el puesto de este hombre. Toda la riqueza del país estará en tu mano.

—¿Puedo... puedo leerlo?

—Hazlo. Pero no me impacientes, Brokk. Te he dicho que tengo prisa por tener aquí a esa mujer.

—Estará en tu poder antes de una hora.

—Media.

—Bien, media hora, señora.

* * *

Nada más salir Brokk, Eda efectuó una llamada urgente al «Magister» de Noaraby, diciéndole:

—Oye, Elto, van a traerme a Kheta Asklepia. Quiero que los cuatro individuos que la tienen raptada, cuyos nombres son Brokk, Zegry, Chible y Julwo, sean detenidos inmediatamente y conducidos a mi presencia. No quiero escándalos. ¿Me entiendes?

El «Magister» había fruncido el ceño al escuchar las primeras palabras de Eda. Ahora, dijo:

—No será difícil agarrotar a esos miserables. Tengo fichas de ellos. Pero lo de Kheta Asklepia... ¡Puede traernos complicaciones graves!

—Nadie tiene que saber que está aquí. ¿Me oyes? ¡Nadie!

—Es la hija del «Magister» de Veilak. Un incidente diplomático de ese tipo podría acarrearnos la ruptura de relaciones... Y tú sabes muy bien que no estamos preparados para hacer frente a una reclamación militar de Veilak.

—Todo eso me tiene sin cuidado. El senador diplomático ya lo arreglará. Ahora, lo importante, es que Kheta venga a mi palacio y que sus raptores no escapen ni se oculten... ¡Vamos, empieza a dar órdenes!

—¿No tienes idea de dónde pueden estar?

—La única referencia es que Brokk va a tardar media hora en ir y venir con Kheta. Acaba de salir y le están siguiendo.

—Bueno, no es mucha información, pero puede servirme.

En un estado de terror como el que imperaba en Noaraby, el «Magister» contaba con gran número de agentes para poder reprimir, en caso de rebeldía, cualquier conato de violencia. Naturalmente, la soldada de los agentes no la pagaba el «Magister», sino que salía de un fondo especial del Senador técnico de seguridad interior, que era el cerebro dirigente, y el «Magister» la mano ejecutoria.

Contando, pues, con tan gran número de hombres, el «Magister» Elto cursó las órdenes oportunas para que, con el sigilo habitual de los agentes judiciales, los cuatro malhechores fuesen detenidos sin ruido.

Y el perfecto engranaje de la autoridad dio resultados maravillosos. Media hora después, exactamente, Brokk y sus compañeros eran arrestados por separado. Brokk y Zegry cayeron en manos de la ley cuando llegaban al Palacio Nuevo, y los otros dos, mientras celebraban el feliz giro de los acontecimientos.

Luego, todos fueron conducidos a una galería subterránea, bajo el palacio de Eda Likwa, y encerrados convenientemente.

Por su parte, Kheta Asklepia fue llevada a presencia de la pérfida y sinuosa Eda, la cual la recibió con una sonrisa.

—Mi querida amiga, Kheta, no sabes cuánto me alegro de verte.

—No puedo decir lo mismo. Pero quería hablar contigo, Eda.

—Pues habla, querida. El «Magister» Elto y los agentes, aquí presentes, son una garantía de tu seguridad.

—Estos reptiles son tus siervos. Pero, si hay algún vestigio de decencia en ellos, serán testigos de lo que tengo que decirte... Tú mataste a tu esposo y acusaste al mío, siendo él inocente. Quiero que lo digas aquí, en presencia de todos.

—¡Qué tontería, Kheta! Yo no maté al buen Uhto. La verdad ya la sabe todo el universo... Le mató el irascible Thokk Karven, a quien tengo encerrado en el sótano.

—¡Noooo! — chilló Kheta.

—¿No? —Eda sonrió cínicamente y se volvió al «Magister» y a sus agentes. —Gracias, Elto, va podéis marcharos. Mis criados se ocuparán de ella... ¡Voy a considerarla como la invitada de honor!

Elto inclinó la cabeza y ordenó salir a sus hombres. Él, empero, se rezagó, deteniéndose y volviéndose a preguntar:

—¿Y el sobre que hemos confiscado a Brokk, señora?

Eda no pudo ocultar una mueca de disgusto.

—Si no has hurgado en su interior, devuélvemelo.

—No he tenido tiempo de abrirlo. Pero conozco su contenido. ¿Por qué no hacemos un trato, señora? Te lo doy y tú me das otro que tienes con mi nombre. ¿Te parece bien, Eda Likwa?

—Lo pensaré. Ahora, dame el sobre.

Elto pareció dudar un instante. Luego, se encogió de hombros y del interior de sus ropas sacó el sobre que entró a Eda. Luego, salió.

—Llevadla abajo —ordenó Eda a dos de sus criados que habían entrado al salir el «Magister»—. En seguida me reuniré con vosotros.

—Sí, ama.

* * *

Eran celdas semejantes a nichos metálicos. Carecían de puertas, pero el muro frontero era de «acero-glass» lo que permitía ver a los detenidos, así como éstos podían ver lo que ocurría en la sala redonda que tenían delante.

Eda Likwa salió majestuosamente de la cabina del ascensor neumático y avanzó hacía el centro de aquella especie de ruedo subterráneo, en donde estaba sentada Kheta Asklepia, sujetas las muñecas y los tobillos a los barrotes metálicos de una silla.

A su lado, dos robustos guardianes con el torso desnudo y cruzados de brazos, le daban escolta.

Kheta estaba sentada de cara al nicho en donde Thokk Karven, aplastado el cuerpo contra el sólido muro trasparente, parecía querer romperlo para salir e ir al encuentro de ella.

Thokk gesticulaba y gritaba, pero su voz no salía de su encierro.

Y la llegada de Eda Likwa provocó una profunda reacción en el detenido, cuyo rostro pareció descomponerse de furia, mientras de su garganta brotaban

amenazas e injurias contra la pérfida mujer, que al no ser oídas por nadie, provocaron la sonrisa de ella.

— ¿Qué te parece? —preguntó Eda, acercándose a Kheta—. He ahí al ídolo de las mujeres de varios mundos... ¡Thokk Karven, convertido en un infeliz cautivo!

En las celdas contiguas a la de Thokk, asustados y curiosos, estaban Brokk, Zegry, Chible y Julwo, a los que Eda Likwa no dirigió siquiera una mirada. La «representación» dramática que iba a tener lugar sólo interesaba, de momento, a la joven pareja Thokk-Kheta.

Eda se volvió a mirar a Thokk.

—Haré que puedas oírme. Se trata de conectar un fonoconductor que tienes en el techo.

Fue hacia un panel que había detrás de la silla en donde estaba Kheta y presionó un pulsador.

—¡... dita, maldita y maldita! —se oyó inmediatamente, rugir a Thokk—. ¡Con mil muertes no pagarás el daño que nos estás haciendo!

—Silencio, Thokk. No he establecido la comunicación para que me insultes, sino para que puedas escucharme.

—¡Deja en paz a Kheta!

—Sí, ésa es mi intención, Thokk —habló Eda, con descaro—. Quiero dejarla ir, y lo haré. Le facilitaré una nave para que regrese a Veilak y te olvide. A cambio, empero, habrá de renunciar a ti.

«Éstas son mis condiciones. Se anulará vuestro matrimonio y te casarás conmigo. Si cumples tus deberes de esposo, ella será libre y tú serás inmensamente rico. Creo que soy generosa en mi trato.

—¡Jamás accederé a tus infames deseos! —gritó Thokk.

—Entonces, te daré el disgusto de ver morir a Kheta Asklepia.

—¡No, no harás eso! — gritó Thokk, pegado materialmente contra el muro transparente.

—¿No? ¿Vas a impedirlo tú, acaso?

—Pero ¿es que no hay justicia en Noaraby? —preguntó Kheta, con voz estrangulada.

—La justicia soy yo. Poseo el poder y la fuerza. ¡Mando sobre todos y nadie discute mi autoridad!

—¡Estás loca, embriagada por el odio, y eso te perderá! —bramó Thokk.

—Déjate de decir sandeces. Noaraby me pertenece... ¡Y no hay más ley que la mía! Decide, Thokk. Acepta mi proposición o verás morir a esta mujer... ¡Dumick, saca tu cuchillo y disponte a matar cuando yo te diga!

Uno de los impasibles guardianes extrajo una curiosa herramienta de afilada hoja, en donde parecían brotar chispas azules. Con el arma en alto, se acercó a Kheta.

—Te doy un minuto, Thokk. O te separas legalmente de esta mujer y haces lo que te pido, o la mato y te libro de ella. Nadie va a pedirme cuentas.

—¡Te las pediré yo y los hombres de Veilak! ¡No vivirás para gozar tu

triunfo, maldita! — rugió Thokk.

—Menos palabras y decide.

—¡No, Thokk; no aceptes! —gritó Kheta, valientemente—. Es tan falsa que no cumplirá su promesa... ¡Que me mate! ¡Mi sangre caerá sobre su alma!

Thokk no estaba dispuesto a dejar morir a Kheta. Si era preciso, renunciaría a todo, incluso a su recién ganada conciencia, a su libertad, a su hombría... ¡Pero no podía dejar que muriese aquella muchacha ingenua y precoz que el destino le había dado por definitiva mujer!

—¿Qué decides? — apremió Eda, inflexible.

—¡Mátame! — gritó Kheta.

—No, ¡no! —añadió Thokk, con acento desgarrado—. Acepto cuanto me digas, Eda. ¡Pero, por Met y los sagrados lemas de Ikran, déjala libre a ella!

La sonrisa de triunfo de Eda Likwa fue algo inexpresable. Hizo un gesto al fornido guardián, llamado Dumik, quien pareció guardarse el cuchillo con disgusto, y avanzó hacia la celda de Thokk.

—Es lo mejor que podías hacer, Thokk. No te arrepentirás de haber tomado esta decisión. Voy a sacarte de ahí y llevarte a la mejor habitación de mi palacio, donde se te atenderá como a un rey. Luego, llamaremos al registrador oficial y anularás tu matrimonio con esa estúpida, para casarte conmigo.

Thokk no contestó. Estaba mirando a la patética figura que permanecía sentada, como ausente, en el centro de aquel ruedo de acero.

»Lo hago por tu vida, Kheta... ¡Te adoro! —parecía estar diciéndole, sin prestar atención a lo que decía Eda Likwa —. Es la única solución. Si tú murieras, la vida dejaría de tener sentido para mí... ¡Y yo quiero que vivas! ¡Nunca renunciaré a ti, nunca, jamás! ¡Tú serás siempre mi única y verdadera mujer, porque te has sacrificado por mí y has arriesgado tu vida por mi felicidad! ¡Te amo, Kheta; te amo con toda mi alma!»

La mujer que continuaba aprisionada en la silla metálica no entendió aquel mudo y desesperado lenguaje. No podía entender nada. Hubiese preferido sentir la muerte penetrar en su cuerpo a escuchar la renuncia, la rendición, de Thokk Karven.

No quería admitir que él cedía sólo por salvarla.

Kheta era un espíritu combativo. La derrota era peor que la muerte.

—Pero no te hagas ilusiones, Thokk. No conseguirás engañarme. Voy a sacarte de ahí ahora mismo. Pero ella continuará prisionera en esa silla. Si intentas algo infame contra mí, te juro que morirá apuñalada por mis siervos o electrocutada.

—No temas, Eda... Sólo lo hago por el bien de ella. Sabes que no te querré nunca, que te odiaré siempre y que tu existencia conmigo será un infierno. ¡Pero haré lo que me digas con tal de ver a Kheta libre y segura, lejos de aquí!

Estas palabras hicieron cambiar de expresión a la cautiva.

—¡No renuncies jamás a la razón y a la justicia, Thokk! ¡Si me quieres, no cedas ni te doblegues! ¡La muerte es preferible a la vergüenza!

Un nuevo brío pareció apoderarse de Thokk, entonces.
—¡Sí, Kheta; tienes razón! ¡Tendrá que matarnos a los dos!
Y Eda Likwa sintió ahogarse de rabia.
—¡Pues moriréis; pero vuestra agonía será indefinida!

VIII

El taimado Brokk estaba ahora lamentando su infortunio. La ambición le había cegado y no confiaba demasiado en su suerte. Creyó que podría ganar la partida y estaba seguro de haber jugado bien todos sus triunfos. Por desgracia, no había sido así, y ahora, encerrado en aquella celda, rumiaba su congoja.

Todo, todo le había salido mal... El millón dé «úreos» se había volatizado. Y lo peor era que su vida, posiblemente, le sería arrancada sin remisión, cuando Eda Likwa terminase con la pareja que tanto le obsesionaba.

Sentado en un rincón de su celda y mirando con ojos entornados hacia el centro del círculo subterráneo, donde Kheta estaba sentada en la silla metálica, ahora sola, Brokk se decía:

«He sido un cretino y un mastuerzo... ¿Se puede ser más imbécil que yo?... ¡Cómo me dejé deslumbrar por el cargo de senador técnico de economía!... La muy falsa ya tenía al «Magister» y a sus agentes sobre mis pasos. Debieron seguirme hasta donde teníamos a esa infeliz muchacha... ¡Ah, pero estoy seguro de que el «Magister» de Veilak no se quedará cruzado de brazos! Hice algo que Eda Likwa no sospecha siquiera.»

¿Qué había hecho Brokk?

Egoísta y sensato al mismo tiempo, Brokk no solía dejar en sus actividades muchos cabos sueltos. Era astuto en grado sumo, y por ello, temeroso de que los demás lo fuesen también, solía tener la costumbre de tomar precauciones. Si alguien le traicionaba...

Brokk era traidor hasta en esto.

Ya desde un principio había intuido la posibilidad de ganar mucho dinero. Y él sabía, por experiencia, que en los grandes beneficios suele existir riesgo. Por eso tomó precauciones.

Una de ellas fue la de hablar con un «socio», residente en Veilak, al que entregó una grabación fónica, especie de confesión, sobre ciertos aspectos de sus actividades. Pura precaución, se dijo.

Él contaba con volver a Noaraby, una vez realizada su misión, y cobrar el resto que le adeudaba Eda Likwa. Pero también contaba con que Eda le diese el pago que ahora le había dado. Esto era factible entre granujas.

Brokk sabía esto y confiaba en que su «socio» actuase como le había ordenado.

«Si en el plazo de quince días no he vuelto, haz llegar al «Magister» Asklepia esta grabación, Lok», le había dicho.

«Y si vuelves te la doy a ti, ¿eh?

«Justo. Yo, a cambio, te entregaré veinte «úreos».»

Brokk había sido precavido, conocedor del gran poder que tenía la persona que le había contratado. Confiaba cobrar, sin duda; pero también confiaba obtener mucho más dinero del que le ofrecieron al principio.

¡Y precisamente por ello había ocultado, en el desierto, lejos de Veilak, el «ojo astral» que sustrajeron del Instituto Astronómico!

Pero Brokk se llamaba imbécil. Todas sus precauciones no le iban a servir de mucho. Su vida estaba en peligro, igual que la de sus compañeros. Eda Likwa no les dejaría que fuesen por el mundo diciendo todo lo que sabían. Era elemental.

Tampoco confiaba en que el recado de su «socio» de Veilak diera resultado alguno. A menos que... ¡Sí, era posible! ¡El «Magister» de Veilak era padre de la chica que ahora estaba allí, frente a él, al otro lado del muro transparente de su celda, amarrada a una silla!

—Si tu padre hiciese algo y llegase a tiempo, hijita... ¡Tú podrías decirle que yo te defendí de mis compañeros! ¿Verdad que se lo dirías, Kheta? ¡Yo no he sido malo contigo!

Era la única esperanza que podía esperar, ¡aparte de la débil posibilidad de que Eda Likwa fuese detenida y juzgada por asesinato! Esto no ofrecía un gran consuelo, pero era alentador que si él tenía que morir, Eda Likwa muriese también.

Un pobre consuelo, sin duda, porque Brokk quería vivir, aunque fuese para continuar haciendo daño en Noaraby, Veilak, Atlimia, Cuz o Plex, y percibiendo exiguas cantidades por sus delitos.

Que viviera Eda Likwa, y aquella infeliz muchacha, y hasta Thokk Karven, para que continuase casándose con todas las tontas que existían en los distintos planetas discoidales del enorme sistema. Pero que Met le diese vida para rectificar su existencia.

Brokk también sentía asco de sí mismo... ¡Egofobia!

Y es que los seres humanos se aborrecen cuando se dan cuenta de haber equivocado el camino de sus vidas. A veces, sin embargo, el destino ofrece la posibilidad de cambiar. Otras, no.

En esos instantes de egofobia, los humanos están más cerca de Dios de lo que ellos mismos se confiesan.

Luego, la muerte es una liberación.

Lok era un infeliz, sin manos, que vivía de la caridad del Senado. Sorprendido robando en su juventud, un implacable «Magister» que hubo entonces en Veilak, le hizo cortar las manos.

Duro castigo, sin duda, que le privó, por otro lado, del trabajo que tanto odiaba aquel repulsivo sujeto. La sentencia, a su modo, había sido justa, por ello:

«Robas porque no quieres trabajar, Lok; pues yo te libraré del trabajo y nos libraremos de ti. Subvencionadas tus perentorias necesidades por el Senado, vivirás dignamente, pero no podrás robar a menos que emplees los dientes, y en ese caso, te haré cortar la cabeza.»

Lok vivía en una vieja casa, a las afueras de la megápoli, cubierto de andrajos, solo y amargado.

Por otra parte, Lok era el «socio» elegido por Brokk para confiarle la

grabación que pondría en un compromiso a Eda Likwa, si Brokk no volvía en quince días a recogerla y le daba a cambio veinte «úreos», una cantidad importante y sabrosa para quien, como él, sólo tenía la insignificante paga de mutilado de la ley.

Pero bajo la enmarañada cabeza de Lok, dentro de su confusa mente, anidaban ya codiciosos pensamientos. La ambición le minaba la fidelidad.

Mirando el tubo precintado, se preguntaba qué había allí dentro y por qué Brokk se había comportado de modo tan misterioso.

—Esto debe valer algo... Mucho más de lo que Brokk piensa pagarme. Si no, ¿por qué me lo ha confiado y por qué decirme que lo lleve al «Magister» si no viene él personalmente a buscarlo antes de quince días?

Lok Llevaba tres días exactamente haciéndose estas preguntas.

—¿Por qué no me dejó algún dinero, junto con esto, para preservar mi lealtad?

En vez de una pregunta era algo así como una justificación, porque Lok intuía que, tal vez, el «Magister» le pagase mucho más que Brokk por el extraño contenido del tubo precintado.

Así las cosas, Lok dejó pasar otro día, más hundido por momentos en la incertidumbre y las obsesionantes dudas.

—¿Qué puedo hacer? ¿Y si Brokk no vuelve? ¿Y si esto me proporciona mucho más dinero del que iba a darme Brokk?... ¿Y si me meto en un lío?... ¿Y si luego Brokk no me paga, después de haberle custodiado este objeto?

Por la tarde, Lok ya no pudo resistir más. El tubo precintado se convirtió, de pronto, en una inmensa carga, en una obsesión alucinante, en una locura. Y, sin detenerse a pensar más, tomó el tubo metálico entre los dos muñones de sus muñecas, y se encaminó hacia la residencia del «Magister».

Al llegar allí, con el objeto guardado entre sus viejas y mugrientas ropas, aún vaciló y retrocedió asustado. Luego, cobró nuevos ánimos y optó por hablar con uno de los agentes judiciales que habían en la entrada.

—Perdone, señor... Quisiera hablar con el «Magister».

El agente le miró de pies a cabeza y tentado estuvo de echarle a patadas. Conocía a Lok y estaba enterado de su mutilación. Sin embargo, en vez de mostrarse agresivo, optó por echarse a reír.

—¿Ver al «Magister»?... ¡Je, je, je! ¿Crees que no tiene más ocupación que hablar con pordioseros como tú? ¡Largo de aquí, sabandija maloliente! ¡Vete v no...!

—¡Es que debo entregarle algo muy importante, por lo que me dará muchos «úreos»! —exclamó Lok, defendiéndose de la verborrea insultante del otro.

—¿Qué puedes tener tú que interese al «Magister», sapo hediondo?

—¡Esto!

No sin dificultad, Lok extrajo el tubo metálico y precintado de entre sus harapos. El agente miró el objeto y quiso tomarlo, sorprendido, pero Lok retrocedió rápido, diciendo:

—Sólo se lo daré al «Magister» a cambio de muchos «úreos». Por guardarlo quince días me han prometido veinte «úreos».

—¿Veinte «úreos»?... Pero ¿qué es eso?

—Algo muy importante... ¡Muchísimo!

El agente empezó a dudar. Al fin, optó por la violencia y, saltando sobre Lok, le arrebató el tubo, no sin breve lucha y forcejeo que hizo intervenir a los otros agentes de la guardia.

Lok, pese a sus protestas, fue conducido a una sala de retención, y un jefe se hizo cargo del objeto traído por Lok para llevarlo al «Magister», que, en aquel momento, se encontraba en su despacho hablando con el doctor Pooh Karven de asuntos que les tenían muy preocupados a ambos.

—¿Qué ocurre, Gigo?

—Disculpa, «Magister». Un pordiosero mutilado ha traído este objeto. No sé lo que hay en su interior. Pero el hombre dice que le ofrecieron dinero por guardarlo durante quince días, y que, si transcurrido ese plazo, no había vuelto a recogerlo el hombre que se lo dio, recibiendo por el servicio veinte «úreos», debía traértelo a ti.

—¿Y qué es eso? —preguntó el «Magister» Asklepia.

—Lo ignoro, señor.

—A ver, dame.

—¿No sería mejor que lo abriésemos fuera de aquí y en presencia del mendigo? Puede contener un explosivo...

—¡Bah! ¿Quién me puede querer mal?... Trae aquí. Estoy demasiado afligido por la desaparición de mi hija para inquietarme por esas tonterías... Dame.

El «Magister» tomó el objeto, fue a su mesa y, con ayuda de una pinza metálica, arrancó el precinto, desenroscando el tubo. Al quitar la tapa, un cilindro color rojo cayó en sus manos.

—Es una grabación... Gigo, tráeme una reproductora electrónica de este tipo.

— Sí, señor.

Gigo cumplió el encargo. El doctor Pooh Karven se levantó penosamente, para salir, diciendo:

—Le dejo en su actividad, «Magister». Yo también tengo cosas que hacer. Siento que no haya averiguado nada.

—No se marche, doctor. Continuaremos hablando, o creo que esto sea importante ni que me ocupe mucho tiempo... Ya está, Gigo; conéctala a la red.

El doctor Karven se acercó a la pequeña máquina. No le interesaba. Estaba muy preocupado por su hijo y ése era el objeto de su visita al «Magister». Pero pronto habría de cambiar de opinión sobre lo que parecía no atraerle lo más mínimo.

La voz de Brokk sonó casi al instante de ponerse en marcha el cilindro.

—Magister de Veilak, me llamo «B» y Eda Likwa me contrató, primero para raptar a Thokk Karven y Asklepia, y luego para destruir el «ojo estelar»

del doctor Pooh Karven...

El «Magister» y el hombre de ciencia se miraron, atónitos. Nunca hubiesen creído escuchar una declaración semejante.

—...a fin de impedir que esa extraña máquina pudiera descubrir la verdad de la acusación que se ha presentado contra Thokk Karven.

»Yo y mis amigos matamos a una mujer en el Instituto Astronómico y nos llevamos el «ojo estelar», el cual ocultamos en un paraje situado a dos «dispros» de Veilak, entre matorrales, en la zona 6-d-4-a, exactamente.

»Ahora, cumplido el objetivo, pero pensando obtener dinero por esa máquina que nos ordenaron destruir, vamos a volver a Noaraby a cobrar lo estipulado por nuestro trabajo.

»Mas, desconfiando que Eda Likwa nos pague y temiendo que intente hacer con nosotros lo que hizo con su esposo, o sea eliminarnos para no ser un estorbo, he pensado en grabar esta acusación contra ella. Si va a parar a manos del «Magister» es que Eda Likwa nos ha asesinado.

»Obre, pues, la justicia en consecuencias.

»Mi nombre y los de mis amigos son... Brokk.

»— Zegry — repitió otra vez en la grabación.

»—Chible —añadió otra distinta.

»—¡Y Julwo!... Y no me haría gracia que el «Magister» de Veilak escuchara esto, ¡no!

»—Cierra, Zegry.

Allí terminaba la grabación. Pero las palabras que habían sonado en el despacho del «Magister» eran de una magnitud impresionante. La revelación no podía ser más elocuente y significativa.

—¡Eda Likwa! —exclamó el «Magister»—. ¡No podía ser otra más que ella! ¡La que acusó a su hijo, doctor Karven!

—¡Y mi «ojo estelar» está íntegro! — añadió el anciano doctor—. ¡Con eso demostraremos la verdad de esta declaración y sabremos dónde están Thokk y Kheta!

—Sí, exacto... Pronto, Gigo. Hay que recuperar el «ojo estelar». Antes de cursar una orden de arresto contra Eda Likwa hemos de asegurarnos plenamente... ¿Puede usted, con el «ojo estelar», proporcionarme esa prueba que necesito?

—¡Será tajante, «Magister»! — afirmó Pooh Karven, trémulo y azorado.

Gigo ya salía corriendo del despacho.

* * *

El «ojo estelar» no había sufrido deterioro alguno. El Senador técnico del interior y el de diplomacia exterior estaban presentes, en el despacho del «Magister» Asklepia cuando se efectuó la primera prueba.

—He hablado con Lok, a quien he recompensado con cien «úreos», y me ha dicho que Brokk le dio la grabación hace cuatro días —dijo el «Magister» al doctor Pooh Karven, que manipulaba con manos nerviosas en la máquina

de su invención situada ante la ventana.

—Has hecho muy bien, Asklepia — observó el grave senador de la diplomacia exterior—. Ahora confiemos en que el doctor Karven nos dé la prueba que necesitamos.

«Tenemos en la Cámara de Dominio un enorme montón de informes de nuestros agentes en Noaraby sobre la caótica confusión que reina en aquel mundo de nuestra comunidad. ¡Es tremendo lo que está ocurriendo allí!

«La corrupción está a la orden del día. El hambre y la opresión pesa sobre el pueblo. Uhto Somoz colmó la medida de su egolatría al hacer construir su nuevo palacio. Y ahora que él ha muerto, parece que su esposa Eda Likwa está dispuesta a continuar la tiranía más absoluta aún.

«Nos consta que la Cámara de Dominio de Noaraby está podrida. Desde el «Magister» hasta el último agente judicial, pasando por todos los estamentos gobernativos de arriba abajo, se debaten en el latrocinio y el más descarado expolio.

«Ahora sólo faltaba este lamentable asunto, para que, en unión de los gobiernos del sistema, nos decidamos a intervenir y restaurar la democracia que esos infames han convertido en tiranía oligárquica.

Pooh Karven, mientras hablaba el senador técnico de la diplomacia exterior, había ultimado el ajuste del «ojo estelar» y ahora manejaba un control.

—Estoy «registrando», señores —dijo—. Busco el Nuevo Palacio de Somoz, en Noaraby, para sicorregistrar a sus ocupantes. Si mi hijo vive, ha de estar allí... Si encuentro a Eda Likwa, ella nos ofrecerá sus pensamientos en esta pequeña pantalla, bajo la cual quedarán grabados en una película virgen.

—¿Cómo es posible? —quiso saber el «Magister».

—Aquí coincidirán, inmensamente aumentadas, las radiaciones magnéticas de la mente escudriñada. Es de tal precisión mi «ojo estelar», que el objeto o persona en estudio, aunque se encuentre en los confines del universo, transporta hasta aquí sus ideas o formas, utilizando las propiedades telesensoriales de los rayos «lambda», tan abundantes en el espacio.

»Los objetos que trato de estudiar, sean mundos enormes o pequeños pedruscos, pueden verse aquí en su mayor o menor tamaño, según sea la distancia focal. Así mismo la incidencia de los rayos «lambda» es tanta, que atraviesa los cuerpos y me permite analizar su composición interna.

«Debido a esta propiedad de penetración, puedo estudiar la mente de cualquier persona. Para ello, dado que escapamos al dominio de lo físico para penetrar en el metafísico, debo accionar este mecanismo auxiliar.

«Comprenderán ustedes que no es lo mismo analizar la composición de la materia inorgánica que leer el pensamiento de una persona a distancia.

—Ahora comprendo el porqué se ha mantenido el «ojo estelar» en secreto —dijo el «Magister», para añadir —: Y, en honor a la justicia, en cuanto termine este asunto, habré de intervenir oficialmente para destruir ese mecanismo auxiliar.

»Nadie, en justicia, tiene derecho a inmiscuirse en el pensamiento de los demás.

—¿Ni siquiera en el de un criminal? — preguntó el Senador técnico del interior.

—Mi siquiera así —respondió el «Magister», tajante—. Los derechos humanos son indiscutibles.

—¡Atención! —exclamó, de pronto, el doctor Karven —. He centrado la incidencia sobre el Palacio Nuevo de Somoz, en Noaraby... Ya tengo captados algunos pensamientos.

Durante unos minutos, reinó en el despacho una creciente tensión. Los cuatro hombres inclinados sobre la pequeña pantalla veían en ésta una serie de confusas imágenes cambiantes que mostraban personas y lugares, dentro del fastuoso palacio.

—¿Puede ver lo que está pensando ese criado que acabamos de ver? — preguntó el «Magister» a Pooh Karven.

—Sí, claro que puedo. Ocurre, empero, que busco a Eda Likwa. Es ella la que nos interesa... Y debe de estar en alguna parte de ese palacio inmenso... ¡Veamos a esa mujer que lleva la bandeja de oro! Ella, tal vez, sepa dónde está su ama... Voy a leer su mente.

Pooh Karven accionó el resorte que ponía en marcha el mecanismo auxiliar. Una visión confusa apareció en la pantalla del «ojo estelar».

—¿Qué es esto?

—Un cerebro, visto desde dentro — respondió, sencillamente, Pooh Karven.

—¿Y qué ves aquí, Pooh?

—Yo, poca cosa. Pero el «ojo estelar» lo está registrando todo. Ahora ampliaré la imagen y veremos el fantástico mundo que se mueve en los pensamientos de una persona... ¡Vean, vean!

La imagen, algo nebulosa, mostraba con oscuros contornos, una serie rapidísima de visiones que iban desde una moderna y amplia cocina, donde se movían más de diez cocineros, hasta puertas, escaleras y pasillos que parecían correr al encuentro de una persona tendida en un amplísimo lecho.

—Esa sirvienta está pensando en su ama —dijo el doctor Karven—. Ya se siente llegar. Ella imagina lo que recuerda y lo revive en su mente... ¡Eso quiere decir que, siguiendo a esta mujer, portadora del desayuno de su ama, encontraremos a Eda Likwa! ¡Cambio a la imagen exterior!

De nuevo apareció la sirvienta subiendo una escalera, ¡igual a la que poco antes imaginase ella!

La imagen volvió a saltar, avanzando. Y ahora apareció Eda Likwa, estirándose en el enorme lecho, y mostrando, a través de las transparentes telas que vestía, el conjunto armonioso de su cuerpo, ya no joven, pero sí bien cuidado.

—Ahí tenemos a Eda Likwa —exclamó el «Magister»—. Asombroso. ¡Increíble!

—Y ahora vamos a leer su pensamiento.

IX

«Vas a sufrir la más horrible de las muertes, Thokk Karven —había gritado Eda Likwa, transfigurada de furor—. Voy a olvidarme de ti, dejándote morir ahí dentro. Primero, el hambre te producirá retortijones de estómago; luego, superada la crisis, empezarás a sentir desmayo. No podrás moverte y alzar un brazo te costará un considerable esfuerzo.

»Después agonizarás. Sentirás que te abandonan las fuerzas, que el corazón te falla, que las sienes te latea débilmente.

»¡Y no podrás resistir más! Sufrirás un desmayo tras otro, y luego dejarás de existir, después de haber soportado una horrible agonía.

»Pero eso no será lo peor. Frente a ti, esa mujer correrá la misma suerte. Y ella te estará viendo, como estará viendo a esos cuatro traidores que van a morir contigo.

»Yo saldré de aquí y te dejaré morir. ¡Me olvidaré de tu existencia, de tu nombre, incluso, y si, alguna vez, por distracción, te recuerdo, será para deleitarme pensando en tu sufrimiento! Adiós, estúpido. No te tendré, pero tampoco te tendrá otra.

Luego Eda Likwa y sus dos esbirros salieron del ruido subterráneo.

Kheta habló entonces, gritando:

—No te desesperes, Thokk. Es preferible morir antes de faltar a la conciencia que nos debe animar en la vida.

—Mucho has cambiado, Kheta — respondió él, desde su celda—. Y me alegro de que así sea. ¡Estoy orgulloso de ti!

—¡Y yo de ti, Thokk! Sé que has estado a punto de renunciar por salvarme. Yo no habría aprobado nunca ese sacrificio. Estamos los dos metidos en esto, somos marido y mujer y ambos hemos sido locos y necios anteriormente. La vida nos da esta lección. Si desfallecemos ahora, nos habremos perdido. Hay que purificarse en la adversidad.

—No te conozco, Kheta. ¿Dónde está en ti aquella muchacha moderna, que modulaba una voz extraña para llamar la atención y seguía estúpidamente los frívolos consejos de las modas más ridículas?

Sonrojándose, Kheta respondió:

—Las personas estamos sujetas a cambios, Thokk. Yo también te encuentro distinto. La adversidad te ha cambiado. ¿Me quieres?

—¡Daría mi vida por ti!

—Gracias.

En aquel instante regresó uno de los esclavos de Eda. Sin decir palabra, fue hacia la silla metálica donde estaba atenazada Kheta y, cuando parecía que iba a cometer con ella un acto de violencia y ya Thokk gritaba desde su celda, presionó el pulsador que cerraba la comunicación entre los esposos.

Luego el siervo del torso desnudo dio media vuelta y se alejó,

desapareciendo en la cabina del ascensor.

Thokk y Kheta no pudieron ya seguir hablando. El fonoconductor había quedado cerrado. Estaban aislados de nuevo y sus voces no llegaban del uno al otro.

Thokk gritó hasta enronquecer, en el vano intento de que su voz atravesara el «acero-glass» y llegase hasta la muchacha. Todo fue inútil. Hubo de conformarse con enviarle infinidad de besos, que ella no podía devolverle, por tener atadas las manos. Los únicos gestos de Kheta eran con la cabeza, los ojos y los labios.

Él, pegado al cristal, abiertos los brazos en cruz, no se cansaba de mirarla, pensando en que aquélla era su mujer y que sólo la había poseído brevemente, cuando ambos eran el producto de una sociedad aburrida y banal.

Ahora que había encontrado en ella el verdadero amor, no podían unirse sus labios, ni tomarse de las manos... ¡Y menos decirse que se amaban profunda y entrañablemente!

Y estar uno frente al otro, viéndose y sin poder hablarse, resultó, con el transcurso de las horas, un castigo tan doloroso como la muerte lenta a que estaban condenados.

Terminaron por mirarse sólo. Ya no hacía Thokk señas a su mujer. Solamente sus grandes ojos se llenaban con la radiante imagen de ella. Sonreía.

Kheta, al fin, dobló la cabeza y se durmió.

Y, durante varias horas, él vivió mil infiernos, temiendo que su compañera hubiese muerto.

Cuando ella despertó, él suspiró aliviado, le envió muchos besos y luego le hizo señas de que se iba a dormir también, tendiéndose en el suelo, frente a ella, de costado, y cerrándosele los ojos con la adorada visión.

Eda Likwa estaba inquieta. Era orgullosa y no quería descender al sótano a ver qué había sido de sus prisioneros. Dijo que se olvidaría de ellos y no lo consiguió.

Pensaba en Thokk y con harta y obsesiva frecuencia. ¡Demasiado, para su altivo gusto!

Y hasta llegó a sopesar la idea de bajar y rematar a todos, con su propia mano, para darse el gusto de verlos morir y decirse que, una vez muertos, ya no terna que preocuparse más.

Eda había estado intentando esbozar un plan para nombrarse presidente de la Cámara de Dominio. Anhelaba más poder del que tenía. Sentirse temida y respetada le había producido una sensación de extraño placer, que pensaba aumentar este poder.

«¡Puedo llegar a ser la reina de Noaraby!», había pensado.

E incluso dedicó horas a meditar sobre estos dorados proyectos. Por desgracia para ella, con demasiada frecuencia, la visión del inconquistable Thokk Karven aparecía en su mente.

Y los cautivos llevaban ya cinco días encerrados en el sótano del

palacio.

—¿Habrán muerto ya? —se preguntó en voz alta.

Se mordió las uñas y extendió la mano, pulsando un timbre para llamar a un sirviente. Pero no había hecho más que tocarle, cuando la puerta se abrió, apareciendo su chambelán mayor, que hizo una profunda reverencia.

—Señora, el «Magister» Elto desea verte urgentemente.

—¿El «Magister»?... Bien, me alegro de que haya venido. Hacedlo pasar a mi despacho. Voy inmediatamente.

Se levantó Eda y se dirigió a una puerta secreta que conducía al suntuoso despacho donde recibía a los visitantes y de los que se protegía tras un invisible muro de cristal irrompible.

Entró en el despacho, se sentó detrás de la mesa y, a una señal, la puerta del fondo se abrió, apareciendo el «Magister» Elto, cuyo rostro aparecía congestionado.

—¿Qué te ocurre, Elto? ¿Sucede algo grave?

—¡Gravísimo, señora! Vengo de la Cámara de Dominio, donde el pánico ha cundido entre los senadores.

—Y bien, ¿qué es? ¡No me alarmes!

—Rodeando la población de Noaraby, tenemos más de veinte mil astronaves de guerra, enviadas de todos los mundos del sistema. Cientos de miles de armas paralizantes nos apuntan en este momento... ¡Considera el terror de los senadores!

»Nos han enviado un ultimátum aterrador. Y, por si fuese poco, el pueblo se ha lanzado a la calle, alentado por esa inesperada ayuda extranjera, y avanza desde los extrarradios, hacia el centro de la megápoli, atacando los centros oficiales y acometiendo a los agentes judiciales.

—¡Por los sagrados lemas de Ikran, Elto! ¿Qué significa eso?

—Esa inmensa armada pide la inmediata entrega de los prisioneros que retienes en el sótano de tu palacio, señora —habló el «Magister» precipitadamente—. Quieren que seas detenida y yo destituido. Exigen que les entreguemos las riendas de la Cámara de Dominio, para devolver la democracia al pueblo... ¡Y dicen que todos los que hayamos cometido cohecho o altas contra la ley, amparados en nuestros cargos, seremos juzgados y condenados.

—¿Por qué? ¿Qué tienen ellos que ver con nuestra política interna? —gritó Eda, poniéndose en pie, visiblemente pálida—. ¿Nos hemos interferido alguna vez en lo que pasa en otros mundos? ¿Dijimos algo cuando asesinaron al «Magister» Bromy, de Plex? ¿Qué les importa lo que hacemos aquí?

—Has ido demasiado lejos, Eda Likwa —exclamó Elto—. No debiste secuestrar a la hija del «Magister» Asklepia.

—¡Eso no lo sabe nadie! A menos que tú...

—¡Yo no he dicho nada!

—¡Sois todos un hatajo de traidores, Elto! ¡Ahora comprendo! Queréis deshaceros de mí y por eso me habéis denunciado. Las fuerzas armadas de

Veilak se han movilizado contra mí por vuestra culpa.

—No, señora; te juro que nadie ha dicho nada.

—¡Mientes! —rugió Eda, abriendo un cajón de su mesa y empuñando un arma desintegrante que allí guardaba—. Pero os destruiré antes de que me destruyan a mí.

Elto, que era un cobarde, no intentó defenderse siquiera. Cayó de rodillas, juntando ambas manos en actitud suplicante, y gritó:

—¡Piedad, mi señora! ¡Yo te juro que no te he traicionado! No sé cómo han podido enterarse.

La gran puerta que había detrás del «Magister» Elto se abrió bruscamente, apareciendo uno de los hombres encargados de la escolta de Eda Likwa.

—Señora, una gran muchedumbre se ha reunido en la plaza, frente al palacio. Lanzan amenazas contra nosotros y su número crece por momentos... Parece una revolución.

—¡Cerrad todos los accesos de palacio! — gritó

Eda—. ¡Y disparad contra la multitud si intentan atacarnos!

—¡Yo debo escapar de aquí! —gritó Elto, poniéndose en pie—. Las cosmonaves atacarán de un momento a otro. El ultimátum era de quince minutos y ya casi han transcurrido.

Diciendo esto, el nefasto «Magister» dio media vuelta y quiso correr hacia la puerta. No pudo llegar a ella. Eda presionó el disparador del arma que empuñaba, resquebrajando el invisible muro de cristal que la protegía desde afuera, y alcanzándole con un disparo desintegrante en la espalda.

Elto emitió un alarido y se desplomó a pocos pasos del aterrado guardaespaldas.

—¡Haz lo que te he dicho, Kifo! ¡Cerrad puertas y ventanas y disparad contra el que intente acercarse!

—Sí, sí, señora — musitó el hombre, dando media vuelta y saliendo precipitadamente, todavía trémulo por la muerte violenta que había presenciado.

Por su parte, Eda Likwa, empuñando firmemente la pistola, retrocedió hacia sus dependencias particulares.

—Creo adivinar... Casi estoy por decir lo que ha ocurrido... ¡Ese perro rabioso de Brokk ha tenido la culpa, por no destruir el «ojo estelar» del doctor Karven! ¡Condenado te veas mil veces, Brokk!

»Pero no me rendiré sin lucha, aunque manden contra mí todas las naves del cosmos... ¡Morirán antes de que nadie tenga tiempo de rescatarlos!

Al decir esto, Eda corrió hacia la puerta que comunicaba con su sala de estar. Como una exhalación, salió a un pasillo y se dirigió a la cabina de un ascensor.

Fuera, como un trueno lejano, rugía la multitud. El pueblo, desbordado, clamaba contra la tiranía y la opresión, pidiendo la cabeza de los culpables y pidiendo que Eda Likwa fuese arrastrada por las calles, como símbolo indiscutible de maldad y oprobio.

Eda sintió miedo.

¡Pero también sintió furia y locura!

Thokk Karven, seguramente, aún estaría vivo. ¡Y ella no quería, bajo ningún concepto, que pudiera ser rescatado!

—¡Les mataré a todos con esta pistola!

Penetró en la cabina del ascensor neumático. Presionó el botón correspondiente al sótano secreto y apretó los labios con furia.

Ella ignoraba que sus pensamientos estaban siendo leídos a gran distancia de allí, y que alguien velaba por la seguridad de los detenidos.

* * *

Con la velocidad del rayo, las órdenes radiadas surcaron el cosmos, de un mundo discoidal a otro, y el jefe de la gran flota aliada, al recibir la orden terminante que le enviaba el Senador técnico de guerra, desde Veilak, dijo:

—¡Disparad las granadas paralizantes sobre el Palacio Nuevo!

El aire se vio sacudido por los silbidos de los proyectiles, mientras las naves despegaban de su cerco, en torno a la ciudad, avanzando sobre Noaraby.

Sordas explosiones sacudieron muros y suelos.

La multitud, que en ingente número se había concentrado en torno al palacio, al escuchar aquel siniestro y horrísono estruendo, quiso huir en todas direcciones.

Pero ya era demasiado tarde.

Miles de inofensivos fragmentos de una blanda materia plástica salieron lanzados al aire, al reventarlas granadas y dejar en libertad su gas paralizante, compuesto de iones radioactivos de una propiedad particular que, influenciando los órganos nerviosos de las personas y animales, paralizaba instantáneamente.

En menos de un segundo, aquella multitud enloquecida caía al suelo, formando una confusa alfombra de cuerpos aletargados.

En el Palacio Nuevo ocurrió otro tanto. Sirvientes, guardianes, jardineros y doncellas, en confuso desorden, cayeron como fulminados por las radiaciones de las inofensivas granadas.

Y también Eda Likwa, saliendo de la cabina del ascensor, para correr hacia donde Kheta Asklepia estaba sentada en la silla metálica, con la cabeza inclinada, como si estuviese muerta, sintió que en su mente se oscurecían los pensamientos.

Alzó su arma y quiso apretar el gatillo, para enviar a Kheta una descargar que la fulminaría en el acto. Pero su acción no pudo consumarse.

El dedo no obedeció al cerebro. El deseo homicida no se realizó.

Eda Likwa, vencida por las radiaciones paralizantes que lo invadía todo, dio un traspié y terminó por caer en el suelo, donde quedó abierta de brazos, inmóvil, como muerta.

Los detenidos, en su mayoría aturdidos de inanición, faltos de aliento y

como amodorrados, no se apercibieron de lo que sucedía. Ni siquiera vieron a Eda desplomarse.

Todos pasaron de la angustia a una especie de sueño radioactivo, sin darse cuenta de que habían sido salvados de una muerte cierta.

Allí estaban Thokk Karven, Kheta Asklepia, Brokk, Chible, Julwo y Zegry, todos insensibles, sin poder percibir el angustioso silencio que siguió al lanzamiento de las granadas paralizantes.

Luego fueron transcurriendo los minutos.

Fuera, seis aeromóviles negros descendieron del cielo y se posaron en la enorme plaza de mármol que había ante el Palacio Nuevo. Se abrieron las compuertas y aparecieron seis grupos de cuatro hombres cada uno, todos equipados con extraños trajes negros de vacío, con cascos herméticos, y portando una especie de sopletes encendidos, que lanzaba cortos surtidores de chispas.

Como negros fantasmas sobre un suelo impoluto y blanco, los veinticuatro hombres se desplegaron, avanzando hacia la entrada principal del palacio. Dos se adelantaron y, accionando sus «sopletes», aumentaron la intensidad del chorro de chispas.

En un abrir y cerrar de ojos, dos grandes boquetes aparecieron en la enorme puerta del palacio.

Los fantasmas negros penetraron por ellos, adentrándose en el palacio. Por todas partes se veían cuerpos tendidos e insensibles, que los hombres vestidos de negro sorteaban.

De aquel modo, fue registrado todo el palacio con rapidez, y dos de aquellos extraños sujetos fueron los que, al llegar al sótano, encontraron a la mujer tendida, con el desintegrador en la mano, y a los prisioneros encerrados en sus celdas.

Ninguno de los dos hombres habló. Uno se quedó allí, de guardia, mientras que el otro retrocedía, para avisar a sus demás compañeros.

Mientras esperaba, el hombre accionó su «soplete» sobre el «acero-glass» que encerraba a los detenidos, practicando cinco boquetes. Por ellos, sacó a los detenidos y los alineó uno junto a otro, ante sus celdas.

También fue hasta donde estaba Kheta y examinó las argollas que aprisionaban sus manos y tobillos. Dentro de su casco escafandra, el hombre debió sonreír, porque, sacando una especie de pistola de su funda, ajustó el mando disparador y luego efectuó cuatro disparos sobre las cuatro argollas.

Hubo cuatro fuertes chasquidos vibratorios y las argollas se partieron, sin causar el menor daño a la cautiva.

El fantasma negro se guardó su singular arma y levantó a Kheta, llevándola también a donde estaban tendidos los otros. Luego, quizá para distraerse, se entretuvo examinando el lugar.

Un grupo de sus compañeros no tardó en surgir del ascensor neumático. Eran once en total. Y con el que había liberado a Kheta, sumaban doce.

Cada dos de ellos levantaron a uno de los durmientes. Eda Likwa fue

levantada también y llevada al ascensor. Subieron así hasta el palacio y luego salieron al exterior, regresando a los aeromóviles.

Todo seguía igual en la plaza. La gente continuaba tendida grotescamente por el suelo. Pero ninguno del grupo de rescate se fijó en nadie. Habían cumplido su misión. Otros se encargarían de aquella gente dormida.

Subieron, pues, a sus aparatos y pronto emprendieron el vuelo.

Cosa de dos horas después, cuando los primeros durmientes empezaban a recobrarse de su letargo, aparecieron las primeras tropas extranjeras, llegadas para instaurar la nueva democracia.

Todo Noaraby estaba invadido de soldados silenciosos y armados, que impusieron el orden y obligaron a todo el mundo que se refugiase en sus casas.

Las detenciones ya habían empezado. Un tribunal especial, formado por militares profesionales, atendían las denuncias presentadas por la gente del pueblo contra todo el que había servido en el corrompido gobierno.

Patrullas armadas fueron a las casas de los dignatarios de la Cámara de Dominio y arrestaron a los senadores. De las miles de denuncias que se hicieron, el tribunal especial sólo aceptó y cumplió aquellas que figuraban en unas listas facilitadas por agentes secretos.

Y en pocos días, todos los culpables, con excepción de muy pocos a los que ayudó la suerte, fueron detenidos y juzgados, condenándoseles a largas penas de trabajos forzados. Muy pocos, empero, fueron ejecutados públicamente, como el Senador técnico de economía, trabajo y seguridad, por haberse excedido en sus respectivos cargos.

También se ejecutaron a unos cuantos agentes judiciales, cuya conducta anterior había sido denunciada como brutal, criminal e inhumana. No hubo piedad y sí justicia.

Semanas después, restablecida la calma, se efectuaron elecciones legales y controladas por el ejército aliado y se nombraron nuevos dirigentes políticos.

De aquel modo, Noaraby pronto volvió a la normalidad. Se redistribuyó la riqueza que estaba en poder de unos cuantos, dando trabajo a todos y aumentando los salarios, con lo que la economía volvió a recuperarse.

Gracias a la justa intervención de un gran ejército movilizado en el momento decisivo, la justicia había vuelto a un mundo situado en los confines del universo, donde seres muy semejantes a los habitantes de la Tierra vivían, pensaban y sufrían casi como todos los seres humanos que pueblan los mundos habitados del Universo.

No, Veilak no es la Tierra. Puede ser un planeta infinitamente mayor o infinitamente menor. ¿Qué importa eso? Allí, sin embargo, hay razón, hay justicia y hay seres que confían en Met y en los sagrados lemas de Ikran.

EPÍLOGO

La pareja descendió de la cosmonave y pisó aquel suelo duro y blando al mismo tiempo, donde crecía la hierba verde y frondosos árboles, con curiosos pájaros piantes, parecían cubrirlo todo.

—¿Te gusta, Kheta? —preguntó él, emocionado.

—¡Es maravilloso!... Qué cielo azul más puro... ¡Qué aire más fragante!

—Cuando vine a Trekmool, hace años, en una época en que me apasionaban los largos viajes, comprendí que el hechizo de este mundo esférico me había sojuzgado. Prometí que volvería.

Kheta se acercó a él, prendiéndose en su brazo.

—¡Un lugar ideal para crear nuestra familia!

—Que ha de ser muy numerosa, sin impedimentos demográficos de ninguna clase. Y, si nos sentimos solos, avisaremos a los amigos de Veilak y Noaraby, para que vengan a formar una colonia con nosotros.

—Nunca me sentiré sola a tu lado — exclamó Kheta, sonriendo ampliamente y mostrando dos hileras perfectas de blancos dientes.

Un dedo de cabello rubio y suave cubría la cabeza de la mujer. En la de él, el cabello oscuro y brillante, recortado como un casco, expresaba con elocuencia que las modas raras habían quedado atrás para siempre.

Habían traído una gran nave plateada, llena de utensilios y herramientas para trabajar. Ahora debían aprovechar los recursos naturales de Trekmool e iniciar su vida.

Se sentaron en la escalinata de la astronave, viendo cómo, allá en la distancia, un sol amarillo, radiante, iba descendiendo rápidamente de su alto trono zenital.

—Por aquí pueden correr nuestros niños, Kheta. Se caerán y no será necesario que los recojamos. Se levantarán sin haber sufrido daño.

Ella no contestó. Tenía la expresión ausente de los que piensan en algo distante.

—¿Qué piensas? — preguntó él.

—Perdona, Thokk. Pensaba en Eda Likwa.

—Quedamos en no volver a mencionarla jamás.

—Sí. Pero hemos sido injustos con ella. No debemos recordarla con odio, sino con amor... Ya está muerta, y no puede hacernos daño. ¡Pero yo estaba pensando en que toda nuestra felicidad se la debemos a ella!

Tras una pausa, Thokk admitió:

—Es cierto. Muchas veces he pensado en eso. De no haber sido por su fanática obsesión, yo no habría encontrado nunca al hombre bueno que hay en mí, ni tú tampoco.

—La justicia debió perdonarla.

—No podía ser. Había matado alevosamente. Murió, pese a todo, con

entereza, aunque odiando, como había vivido. Se crispó en la silla, al recibir la descarga, y su maldición llegó hasta todos nosotros.

—¡Calla, Thokk, por Met!—Brokk y sus compañeros, en cambio, murieron como cobardes, pálidos de miedo, chillando...

—De ellos no siento la menor lástima. ¡Eran bestias!

—Es mejor que procuremos olvidarlo. Te prometo solemnemente no hablarte nunca más de aquello.

—¡Yo también! ¿Me querrás mucho, Thokk?

Él la abrazó con fuerza... ¡La adoraría!

